

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

PLAYA PRIVADA



HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

75. El dogal al cuello. *Clark Carradas.*
76. Los budokas asesinos. *Lou Carrigan*
77. Petróleo a go-go. *Ralph Barby.*
78. Frío mortal. *Curtís Garland.*
79. Míster Kyle no contesta. *Clark Carrados.*

LOU CARRIGAN

PLAYA PRIVADA

Colección ¡KIAI! n.° 80
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 13.932 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1978

Documentación gráfica para la cubierta
cedida por la **SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Ciertamente, era una hermosa mañana para sentirse vivo, para apreciar al máximo el intenso placer de sentirse fuerte, rebosante de vitalidad.

Al menos, así debía pensar el hombre que corría por la playa un poco más abajo de las instalaciones del King's Bay Yacht, entre South Miami y la localidad de Perrine, aún más al Sur. Desde la playa, si miraba hacia su izquierda, veía el azulado mar, y, como flotando en éste, el pequeño Chicken Key.

El cielo estaba liso y limpio como un cristal; el sol apretaba de firme. Podía haber quien pensase que no era momento de correr por la playa, sudando copiosamente enfundado en un grueso chándal negro, pero cada cual sabe sus cosas.

Y Glen Barton sabía muy bien las suyas. De modo que si corría a pleno sol y sudando a mares, tendría sus razones. Y también debía tenerlas para llevar bordada en el chándal, sobre el corazón, la cabeza de un tigre rugiente, de perversos ojos amarilloverdosos. Siempre hay razones para hacer lo que se hace.

Así que si Glen corría, por algo sería. Eso sí: iba descalzo. Se veían sus pies, grandes y morenos, compactos, duros. Parecían de piedra. Las cerradas manos, que se movían rítmicamente a los costados del cuerpo durante la marcha, eran, asimismo, como dos pequeños bloques de granito.

Por lo demás, Glen Barton no parecía nada demasiado especial. Estatura cercana al metro ochenta, rubio, ojos claros, boca delgada, mentón firme. Hombros anchísimos, cintura esbelta. Bueno, un atleta, eso sí. Ni_ más ni menos. Un atleta que se dedicaba a hacer *footing* a pleno sol.

Sus razones tendría.

Y así, corriendo por aquella playa hacia el Sur, Glen Barton llegó, finalmente, ante el cartelito sostenido en un poste hundido en la arena.

En el cartelito ponía:

PLAYA PRIVADA
Prohibido el paso

Respirando acompasadamente, Glen se detuvo ante el cartel, que

se quedó mirando con el ceño fruncido. ¿Prohibido el paso? ¿Por qué? Miró tierra adentro, pero solamente vio palmeras. ¿Playa privada? Privada..., ¿para qué o para quién?

Entonces, vio a la mujer.

Mejor dicho, lo que primero vio fue aquella masa de rojos cabellos refulgiendo al sol. Luego, todo el cuerpo de la mujer. Todo, absolutamente todo, porque ella estaba completamente desnuda, tomando el sol tendida en una gran toalla de alegres colores. Su cuerpo se veía como un hermoso destello dorado. Un cuerpo espléndido, en reposo, a unos treinta metros de donde se hallaba Glen ante el cartelito en cuestión. El cartelito que le prohibía el paso.

De nuevo, tras una breve sonrisa, se frunció el ceño de Glen Barton. Acto seguido, pasó tranquilamente al otro lado del cartel, y caminó hasta llegar a un par de metros de la mujer. Estuvo observándola unos segundos, y, por fin, saludó amablemente:

—Buenos días, señora.

La mujer lanzó un alarido, y dio tal brinco que casi llegó a ponerse en pie, para terminar quedando sentada, vibrantes sus tersas carnes, tentadoramente oscilantes sus hermosos senos dorados por el sol. Sus párpados, muy abiertos ahora, permitían ver sus ojos, de un tono verdoso, como los del tigre bordado en el pecho de Glen..., pero más perversos, y, sobre todo, más furiosos.

—¿Qué hace usted aquí? —gritó.

Glen alzó las cejas con simpático gesto.

—Estoy haciendo un poco de *footing,* para fortalecer más mis piernas, mis pulmones y mi corazón.

No se podía pedir una respuesta más concreta. La muchacha de los ojos verdes había alzado una parte de la toalla, y se cubría como podía el vientre y el pecho. Daba lo mismo, continuaba ofreciéndose con una belleza deslumbrante. El rostro era delicioso, con la boca un tanto grande, llena, fresca; aureolado por el resplandor de los rojos cabellos. Las piernas eran esbeltas y rotundas a la vez, impecables; los hombros, bellísimos; el cuello, divino. Las manos que sujetaban la toalla eran de una perfección y una delicadeza increíbles, con las uñas pintadas de un rosa suave.

Una visión como para debilitar el corazón de un hombre, no para fortalecerlo, precisamente...

—¡Márchese inmediatamente! —ordenó ella.

—¿Le gasto el sol, quizá? —sonrió Glen.

—¡Fuera! ¿No ha visto usted el cartel?

—Escuche, señora, en esta playa caben más de mil personas, así que imagínese usted solamente a dos. Cada uno de nosotros podemos seguir haciendo lo que nos gusta sin molestar en absoluto al otro. Siga usted tomando el sol, y yo seguiré corriendo.

—¡Vaya a correr fuera de estos límites!

—Sí —admitió Glen—, lo he pensado, pero no me va bien. Resulta que tengo que correr determinada distancia, porque así me lo he propuesto. Si vuelvo hacia atrás, sólo habré corrido dos tercios. Y si hago de nuevo el mismo recorrido, habré corrido más de lo que quería correr. De modo que seguiré un poco más allá, y...

—¡Usted no seguirá corriendo por esta playa! ¡Haga el favor de marcharse!

—Mire... Bueno, no sé qué decirle... ¿Realmente ha comprado usted la playa al Gobierno? Yo creo que no es así, y como resulta que soy tan americano como usted... ¿O no es usted americana?

—Eso no le importa a usted.

—¡Ya lo creo que me importa! Por puro patriotismo, ¿comprende? Si no es usted americana, mala suerte. Pero si lo es, me felicitaré a mí mismo por tener una compatriota tan bonita.

Por un instante, pareció que la pelirroja fuese a sonreír; pero su gesto se ensombreció en seguida de nuevo.

—Escuche, será mejor que se marche. Por favor. A menos que esté usted buscando a alguien concreto por estos lugares.

—No, no. Simplemente, corro.

—Pues vaya a correr a otro sitio. Se lo ruego.

—Bien... Eso ya es otra cosa. La verdad es que no soy amigo de discusiones ni enfrentamientos. Y cuando a uno le piden las cosas con tanta amabilidad y educación, pues corresponde. Pero dígame; ¿qué hay en esta playa? ¿Oro? ¿Petróleo? ¿Marcianos? ¡Eso debe ser...! ¿Estoy en una base de extraterrestres?

—No. Sólo está usted en una playa privada. Así de simple.

Glen Barton movió la cabeza.

—Bueno, qué le vamos a hacer...

Glen dejó de hablar al tiempo que su cabeza se volvía para mirar hacia las palmeras. De entre ellas habían aparecido tres hombres, que corrían hacia la playa. Tres sujetos que vestían pantalones y camisas oscuras, y cada uno de los cuales empuñaba un palo... Un palo corto y oscuro... Porras forradas de goma, eso es lo que parecían.

La muchacha volvió la cabeza, vio también a los tres hombres que se acercaban corriendo, y un gesto de preocupación apareció en su lindo rostro. Volvió a mirar vivamente a Glen.

—Será mejor que se marche... corriendo.

—Sí —asintió Glen—; me parece que será lo mejor. Hasta la próxima, señora.

Dio la vuelta, y comenzó a correr hacia donde estaba el cartelito, dispuesto a abandonar la playa privada sin más complicaciones.

Pero, siempre hay alguien que gusta de las complicaciones. Los tres hombres apretaron el paso, desviándolo en la misma dirección

que seguía Glen, y uno de ellos gritó:

—¡Eh, usted! ¡Alto ahí, perro!

Glen se detuvo, y se volvió, lenta, suavemente. Su mirada no expresaba nada; sus facciones estaban relajadas. Cuando los tres sujetos se detuvieron ante él, Glen sonrió, y se tocó con un dedo sobre el corazón.

—Habrá querido decir usted tigre, no perro. ¿Verdad, señor?

—¿Quién es usted? ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Me iba ya. Sólo quería aclarar que mis amigos me llaman Tigre, no perro. Claro que no me importaría que me llamasen perro si fuese con el mismo tono que utilizan para llamarme tigre... Pero usted no ha empleado ese tono, señor. ¿Verdad? ¿Verdad que ha querido insultarme, señor?

Los tres hombres lo miraban fijamente. El que había hablado hasta entonces sonrió de pronto, con gesto torcido.

—Vaya, es usted muy fino y educado, ¿eh? —barbotó.

—Eso espero. Asistí a la universidad, ¿sabe, señor? Aunque yo pienso que eso no es necesario para ser educado. Tengo muchos amigos no universitarios que no andan por ahí insultando a la gente. Eso es muy feo, señor.

—Me parece —rió otro de los sujetos—, que se está pitorreando de ti, Travis. Además, te ha llamado maleducado.

—Es cierto —dijo el tercero—: es un muchacho muy fino.

El llamado Travis frunció el ceño, y movió la porra forrada de goma como al descuido.

—Bueno —gruñó—, menos charla. Y usted, díganos quién es, y qué hace aquí. A menos que quiera recibir una buena paliza.

Glen Barton miró amablemente de uno a otro hombre, especulativamente. Luego mostró una sonrisa que engañó por completo a los tres sujetos.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo.

—¡Usted no se va de aquí sin contestar a nuestras preguntas una a una! —exclamó Travis, acercándose y utilizando la mano libre para asir a Glen por el chándal.

—Me está usted arrugando la cabeza, señor.

—¿Qué?

—La cabeza de tigre. Es un bordado que tengo en gran aprecio, regalo de una estimada amiga.

—¡Nada, hombre! —rió uno de los otros—. ¡Que se te está cachondeando en la cara!

—¡Pues le voy a dar yo cachondeo...!

La porra silbó en el aíre, en busca de la cabeza de Glen Bar ton.

Mala suerte..., pero no para Glen, ciertamente.

Con un sencillo y elegante gesto, se apartó de la trayectoria de la

porra, desplazando su cuerpo de tal modo, que Travis fue tras él. agarrado al chándal, y terminó por caer de rodillas sobre la arena, donde se incrustó la porra.

En cambio, la rodilla de Glen se incrustó en la barbilla de Travis, derribándolo de costado como si acabase de recibir un cañonazo en lugar de un simple rodillazo...

En el aire resonó un grito de furia y el silbido de otra porra en busca de la cabeza de Glen. Este giró, alzó el brazo izquierdo como si fuese una barra de acero, y el antebrazo del otro sujeto se estrelló allí con tal fuerza que la porra, sin llegar a alcanzar su objetivo, salió disparada de su mano. Al mismo tiempo, el hombre recibía un directo en pleno estómago que lo dejó petrificado, blanco su rostro como la espuma de las olas, encogido su cuerpo, que comenzó a caer lentamente, mientras los desorbitados ojos veían acercarse la arena...

El tercer hombre había lanzado una exclamación de sorpresa la primera vez. Al segundo golpe de Glen, su grito fue de alarma..., y, dejando caer la porra, metió la mano en un bolsillo del pantalón.

Glen Barton pareció salir disparado hacia el cielo, en curvo vuelo que lo acercó al hombre.

—¡KOéEEEeeeEEEEE...! —vibró el *kiai.*

El hombre sintió como una descarga helada en todo el cuerpo, pero consiguió sacar la pistola. Justo en ese momento terminaba el vuelo de Glen Barton, a la altura de la cabeza del otro y a medio metro de distancia. La pierna derecha de Glen silbó en el seco trallazo, el pie acertó en la frente al hombre, y éste cayó hacia atrás como un rígido muñeco de pim-pam-pum que ha recibido el pelotazo. En el instante en que caía de espaldas sin sentido, su anterior compañero terminaba de hundir su desencajado rostro en la arena. El primero no se movía.

Con suavidad de auténtico tigre, Glen cayó en la arena, flexionando las piernas. Se irguió, miró a sus desvanecidos adversarios, y luego miró a la muchacha, inmóvil, incapaz de reaccionar en sentido alguno.

—No son muy fuertes —se quejó Glen—. Debería decirle usted al caprichoso millonario que ha cercado la playa, que busque gente más preparada, ya que supongo paga un buen sueldo. ¿O quizá el caprichoso millonario es usted?

—No —murmuró la muchacha.

—Menos mal. ¿Es usted su hija, su esposa, su nieta...?

—Su amante.

—¿Su... qué?

—Su amante. Su muñeca. Me acuesto con él por su dinero.

Glen Barton parpadeó.

—Vaya... Bueno, supongo que tengo que admitir que hay muchos sistemas para ganar unos cuantos dólares. Digamos que ese

caballero tiene playa privada... y puta privada, dicho sea sin ánimo de ofender.

La muchacha enrojeció intensamente. Lo cual sorprendió no poco a Glen. Chocante. Chocante en verdad.

—Será mejor que se marche —dijo ella con voz tensa.

—Sin duda. Tengo que terminar mi entrenamiento. Adiós..., señora.

CAPÍTULO II

—¡Pronto, la báscula! ¿Dónde está?

—En el cuarto de baño, naturalmente —rió Daniel Carr.

Glen Barton corrió hacia el cuarto de baño, se quitó velozmente el chándal, y saltó sobre la pequeña báscula de tierra. La aguja se movió, quedó luego fija. Un gesto hosco apareció en el rostro de Glen.

—*¿Qué?* —sonó la voz de Carr en la puerta— ¿Das ya el peso?

—Todavía me sobran diez onzas —masculló Glen—. ¡Pero conseguiré rebajarlas en el tiempo que falta!

—Seguro que sí. Diez onzas no es nada. Anda, dúchate, o vas a enfriarte.

Glen asintió, se metió en la bañera, y abrió el grifo del agua caliente. En la puerta del cuarto de baño, Daniel Carr lo contemplaba con afecto, pero, sobre todo, con admiración. Glen había llegado a su apartamento de Perrine, en Richmond Drive, la tarde anterior. El se lo había pedido por carta cuando supo que Glen vendría a Miami. Nada de hoteles: Glen y él eran amigos, y aunque Glen podía pagarse el mejor hotel de Miami Beach, donde tenía que estar era en su casa, como invitado de honor. ¡No faltaría más!

—Apuesto a que lo consigues —dijo de pronto, Daniel Carr.

Glen apartó su cabeza del chorro de agua.

—¿Qué?

—Que conseguirás tu objetivo, seguro.

—Ya veremos... Los demás no son mancos. Ni cojos.

—Lo conseguirás. Oye, por cierto, cuando vengas esta tarde al *dojo* ten cuidado con mis muchachos.

—Hombre, Dan...

—No, si lo digo por ellos, no por ti. Quiero decir que sé que alguno se va a entusiasmar con esta posibilidad de enfrentarse a ti, y puede que se lancen demasiado... ¿Comprendes?

—Los tendré bien controlados, no te preocupes. Sé muy bien lo que sentirán esos chicos al verse frente a mí: querrán superarme... Pero eso no es malo.

—No será malo mientras no se te escape un puño —gruñó Dan—. Trátamelos bien, recuerda.

—Tranquilo. ¿Qué tenemos para almorzar?

—Carne, fruta y agua.

—*Okay,* perfecto. ¡Demonios, voy a dormir una siesta de vampiro! ¡No se te ocurra despertarme hasta la hora de ir a tu *dojo!*

* * *

El *dojo* donde Daniel Carr, *Tercer Dan de Karate,* impartía sus clases, estaba ahora silencioso. Habían terminado los entrenamientos por aquel día, ya no resonaban los *kiai,* ni los jadeos, los golpes, las exclamaciones. Solamente, muy amortiguado, llegaba el rumor de la West Flagler Street, donde estaba ubicada la *Karate Carr.*

Los alumnos se habían sentado en un lado del *tatami,* y miraban, todavía pasmados, al invitado de su maestro. Glen Barton. *Quinto Dan de Karate.* Empapado en sudor, de pie junto a Carr, Barton escuchaba las palabras del director de la *Karate Carr.* Había terminado ya el *jiyu kumite,* o combate libre, con que Carr había obsequiado aquella tarde a sus alumnos por medio de Glen Barton, que había aceptado los desafíos de todos los que se habían atrevido. Una clase especial que los alumnos agradecían, porque no siempre era posible conseguir invitados de aquella categoría a su *dojo.* Categoría que Barton había demostrado cumplidamente, señalando los puntos sin lastimar a nadie, pese al ardor combativo y a la alocada ilusión que evidenciaron sus adversarios. Su control personal y del adversario era perfecto, inobjetable: sus puños y sus pies se detenían siempre en el momento preciso y en el sitio justo. De no haber sido así, más de un diente se habría tambaleado en las bocas de los muchachos, y más de una ceja o un pómulo habrían sido partidos como si fuesen de nata...

—...Se parte, como ya todos sabéis, de la posición *hachiji dachi* —estaba diciendo Daniel Carr, ataviado con el *karategi,* como todos—. No es una *kata* complicada, puesto que no se trata aquí de que Go Dan Barton nos impresione con sus conocimientos, que algún día alcanzaremos todos aquellos que nos esforcemos lo suficiente. El objeto de realizar esta *kata* es exclusivamente estudiar la naturalidad y la belleza de los movimientos, que deben ser sólidos, pero no rígidos, como ocurre con todas las *kata.* Bien, vamos allá. ¿Glen?

—Cuando gustes —asintió Barton.

Daniel Carr se alejó unos pasos de su amigo y antiguo compañero, esperó unos segundos, y de pronto exclamó:

—*Yoi!*

Glen Barton separó un poco más los pies, extendió los brazos naturalmente a los costados, cerró los puños, aspiró hondo... Ya estaba en *hachiji dachi.*

A partir de aquí, la *kata* comenzó.

Cuando terminó, no se oía ni siquiera una respiración. Glen Barton se volvió hacia Carr, se saludaron con leve inclinación, y se volvieron ambos hacia los alumnos de la *Karate Carr..,* que tardaron todavía

unos segundos en reaccionar y ponerse en pie.

Siempre en silencio, se efectuó el saludo, y sin que se hubiese oído una sola voz, los jóvenes *karatekas* abandonaron el *tatami.* Ya solos en éste, Carr miró a Barton, y guiñó un ojo. Se echaron a reír los dos, divertidos por la impresión de los muchachos, y fueron al vestuario privado de Carr. Allí, Glen saltó inmediatamente sobre la báscula.

—¡Hey! —exclamó—. ¡He rebajado otras tres onzas!

—No me sorprende. Pero las que quedan te irán costando cada vez más. No debiste engordar tanto.

—¡Engordar tanto! —bufó Glen—. ¡Al demonio! Estaba por debajo del límite de mi peso, para que lo sepas. ¡Pero esa maldita apendicitis...! Imagínate... ¡Tres semanas antes del gran día, se le ocurre a mi apéndice recordarme su existencia! Tenías que haberme visto en la ambulancia, pálido y sudoroso... ¡Si me operan sólo media hora más tarde, se encuentran con una peritonitis como una casa!

—Tuviste suerte.

—Bueno, considerando lo que podía haber ocurrido, sí, tuve suerte. Pero, claro, después de la operación me obligaron a hacer unos días de reposo... ¡Y me puse como un hipopótamo!

—Glen: ¿realmente crees que estás en condiciónesele participar... sólo tres semanas después de haber sido operado de apendicitis?

—Estoy perfectamente —gruñó Glen—: sólo un poco gordo.

Carr sonrió, y movió la cabeza. ¡Gordo! Era una definición en verdad cómica para el atlético cuerpo de Glen Barton, cuyos finos músculos, duros como el acero, se marcaban en todo el cuerpo al menor gesto. ¡Gordo! De risa, vamos.

—Oye, ¿crees que te engordaría más una cena en un restaurante chino? —propuso Carr.

Barton, que se iba a meter en la ducha, se volvió como si le hubiese picado una víbora.

—¿Una cena en un restaurante chino? ¡Tú lo que quieres es que yo no participe en el campeonato!

—Hombre...

—¡Ni hablar! Después del día grande, lo que quieras. Pero hasta entonces, carne, fruta y agua. Y *footing* por la playa. Hombre, a propósito: esta mañana les rompí la cara a tres tipos.

Carr quedó pasmado.

—¿Qué?

—Bah, no tuvo importancia, eran tres desdichados. Pero me parece que además de porras, llevaban pistolas.

—¿Qué pasó? —exclamó Carr.

—Ya te lo explicaré. Conocí a una pelirroja tremenda —su ceño se frunció—. Tremenda, sí. Y ahora que me doy cuenta, me he pasado el

resto del día recordándola. Lástima, porque es una puta privada.

—Pero..., ¿de qué estás hablando?

—Te lo diré luego, durante la cena. Bueno, estoy listo en seguida, y...

—No te apresures. Antes de volver a casa tengo que atender un poco las cosas del despacho. Es algo que me fastidia, pero no tengo más remedio que atenderlo. Claro que si ha esperado un mes, puede esperar otro.

—No, no, de ninguna manera. Ya te dije que aceptaba tu invitación siempre y cuando por mí no tuvieses que alterar tus costumbres o desatender tus obligaciones. Te diré lo que haremos: tú repasas tus cosas del despacho, y yo me doy un paseo por Miami, para estirar las piernas. Así conoceré un poco Miami.

—¡Vaya ocurrencia, viniendo de Nueva York! —rió Carr.

—Hay que conocerlo todo —rió también Glen—. ¿Para cuánto tienes con esos papeleos, más o menos?

—Pongamos una hora.

—Una hora. ¡Un paseo perfecto después de un buen entrenamiento!

Apenas quince minutos más tarde, Glen Barton salía del *dojo,* fresco, ligero, satisfecho. Sí señor, un buen paseo a pie era lo mejor que se podía hacer después de la paliza que se había dado. Los músculos lo agradecen.

Y a eso se dedicó: a pasear por Flagler Street, mirando a todas partes con sonriente curiosidad. A los pocos minutos, se detuvo ante el gran escaparate de una tienda de artículos deportivos. Había de todo..., incluidos *karategi,* por supuesto. Pero su mirada quedó fija en el lugar donde estaban expuestos algunos trajes de baño. Sí señor, se iba a comprar un par de *slips* de lo más exótico, y después del campeonato se iba a pasar las vacaciones de su vida en la playa...

En el cristal del escaparate, vio reflejada a la muchacha.

Estaba junto a él. Muy cerca. Era rubia... Sí, rubia, y tenía un cuerpo precioso. Los ojos muy grandes. Un bombón.

Volvió la cabeza para mirarla directamente. Ella también le estaba mirando directamente, y sonrió.

—Hola, señor Barton, ¿qué tal? —saludó.

Era preciosa. Sí, un bombón... Pero Glen Barton no la conocía, no la había visto antes en toda su vida.

—Muy bien —sonrió a su vez—. ¿Y usted, señorita Peabody?

La preciosa rubia lanzó una carcajada.

—¡No me llamo Peabody! —exclamó.

—Ah. Entonces, no la conozco, ¿verdad?

—Ahora, ya sí. Me llamo Stella Corbett...

—De profesión: adivina. O sea, pitonisa. ¿Dónde tiene escondida

su bola mágica?

—¡No tengo ninguna bola, señor Barton! —rió ella.

Glen miró sorprendido a la muchacha. Miró luego el bello contorno del fino jersey estival, y torció el gesto.

—No discutiré con una chica tan bonita respecto a si tiene o no tiene bolas.

Stella volvió a reír.

—¡ Vamos! —exclamó—. Usted no puede ser tan vulgar, estoy segura de ello: unos senos tan bonitos como los míos no pueden ser llamados... bolas. Casi lo encuentro grosero.

—Lo siento de veras. ¿Le gustaría tomar un whisky?

—Oh, sí.

—A mí también —gruñó Glen—, pero no puedo hacerlo. Sabido es incluso por las masas populares y vulgares que el alcohol, además de otras nefastas consecuencias, engorda.

—¿Y usted teme engordar? —se pasmó la muchacha.

—Estoy sometido a una rigurosísima dieta para adelgazar, así que imagínese usted. Y volviendo a lo de la bola de pitonisa: ¿me conoce usted? Quiero decir, de antes. ¡Ya sé: va a pedirme un autógrafo en una fotografía mía!

—¿Es usted actor, quizá?

Glen, que había comenzado a caminar junto a la muchacha, se detuvo, y la miró un tanto hoscamente.

—¿No sabe usted *qué* soy? Entonces, si no me conoce en esa faceta, ¿de qué me conoce? Lo pregunto porque solamente en una cosa puedo ser relativamente famoso. Y si usted no me conoce debido a esa actividad, no comprendo nada.

—¿Cuál es esa actividad?

—Me dedico a reparar bombillas.

Stella Corbett se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos. Luego, una vez más, se echó a reír.

—¡Las bombillas no pueden repararse! —exclamó.

—Hay gente para todo, en esta vida. Además, las bombillas son muy raras.

—¿Raras? Bueno, nunca me lo han parecido...

—Son rarísimas. Apuesto a que usted ha visto pocas cosas más frágiles que una bombilla, ¿verdad? Sin embargo, yo conocí una bombilla especial. Sí, fue aquella bombilla que se cayó de las manos, y claro, en cuanto la vi precipitándose hacia el suelo, pensé: ¡cataclink, bombilla rota!

—¿Pensó usted... cataclinck?

—Sí, sí. La vi caer, y pensé: ¡cataclink, bombilla rota! Pero no se rompió.

—Aaaah... ¿Y qué hacía usted con una bombilla en las manos?

—Verá lo que pasó. Llegué a mi apartamento, di la luz, y la bombilla de una lámpara de pie no se encendió. ¡Caramba!, pensé, ¿qué habrá pasado? Así que fui a la lamparita, retiré la bombilla, y la examiné. Observé que los filamentos estaban rotos, o sea, que estaba fundida. Así pues, habría que cambiarla, poner una nueva. Y esto estaba yo pensando cuando de pronto, la bombilla fundida se me escapa de las manos...

—Y usted pensó: ¡cataclink, bombilla rota!

—¡Exactamente! Pero no. La bombilla no se rompió... ¡Nunca diría usted lo qué pasó!

—No consigo imaginarlo.

—Pues, rebotó... Oiga, palabra de honor: ¡rebotó! Rápido de reflejos como un tigre, la agarré al rebote, y durante un par de segundos quedé inmóvil, como pasmado, ¿No es fantástico? ¡Una bombilla, cosa frágil si las hay, cae al suelo desde una altura de más de un metro... y rebota!

—Extraordinario —contenía la risa Stella Corbett.

—Aún más extraordinario le parecerá, entonces, lo que resultó de aquella caída: ¡la bombilla ya no estaba fundida!

—¡No es posible!

—Vaya que sí.

—¿Qué cree usted que pudo pasar?

—Cualquiera sabe... Pero lo cierto era que los filamentos se habían unido, y que la bombilla funcionaba de nuevo. No va a creerlo, pero aún la tengo en casa, funcionando. Y pásmese: ¡da más luz que las demás bombillas!

—¡Increíble!

—Sí... Bueno, fue a raíz de tan insólito suceso que me dediqué a esta profesión de reparador de bombillas. ¿Comprende?

—Debe tener usted mucho trabajo.

—Psé... Al principio, sí. Todos mis amigos me llamaban: oye, Tigre, que se me ha fund...

—¿Tigre?

—Vamos a dejarlo en Glen, Glen, que se me ha fundido una bombilla, chico. A ver qué hacemos. Nada, hombre, decía yo, eso no tiene problema. De modo que me iba para allá, cogía la bombilla, la tiraba contra el suelo, y...

—¡Y la arreglaba!

Glen Barton frunció el ceño.

—Pues no. Por eso me siento fracasado en la vida: resulta que todas las bombillas que tiro contra el suelo, se rompen. Hacen ploif, y se rompen.

—Hacen ploif —rió Stella.

—Sí, sí: ploif. ¿No es triste esto? ¡Por culpa de una bombilla que

no se fundió cuando tenía que hacerlo, soy un fracasado de la vida!

—No se lo tome usted así —Stella no podía contener las carcajadas—. ¡Algo habrá que pueda usted hacer mejor que reparar bombillas!

—En eso estoy: a la búsqueda de mi gran éxito. Bueno. ¿Qué me dice de usted? ¡Y no me diga que se dedica a reparar huevos!

—¿Qué? —respingó Stella.

—Mujer, huevos de gallina. O sea, cáscaras de huevos rotos.

—Aaaah... No —rió de nuevo—, no me dedico a reparar huevos.

—Es una lástima. Nos habríamos juntado un par de profesionales de lo más extravagante. Dígame, señorita Corbett: ¿adónde se supone que vamos?

—Había pensado invitarle a tomar una copa en mi apartamento. De algo que no tenga alcohol, claro. ¿Qué le parecería jugo natural de pomelo?

—¡Pomelo! ¡Lo mejor del mundo para quemar grasas!

—Entonces, ¿acepta?

—Hay un pequeño inconveniente: he quedado con un amigo para dentro de —miró su reloj— veinticinco minutos, y no tengo por costumbre faltar a mis compromisos. Y supongo que no querrá usted que tomemos el jugo de pomelo como si fuese una competición de velocidad.

—Claro que no.

—Entonces, tendré que avisar a mi amigo. Y otra cosa, señorita Corbett, ahora en serio: ¿de qué me conoce usted?

—Soy hermana de Jim Corbett, claro está.

—Ah. Jim Corbett, claro... ¿Quién es Jim Corbett?

—Claro, usted no tiene por qué conocerlo, lo comprendo. Es uno de los alumnos de la *Karate Carr.* Habíamos quedado en que pasaría a recogerlo con el coche para ir a cenar por ahí, pero cuando salió de su entrenamiento me dijo que había cambiado de idea, y se fue con unos compañeros. Dijo que esta noche sólo podría hablar de *karate,* después de haber visto cómo lucha usted. Sentí curiosidad, y le esperé.

—De donde se desprende que usted ya sabe que soy *karateka.*

—¡Oh, sí! Pero eso no es ninguna profesión... ¿O sí lo es?

—Cuando uno se dedica a dar clases, sí. Quiero decir que hay quien practica *karate* como una actividad deportiva, y hay quien enseña a los demás a practicar *karate.*

—Entiendo. Y usted se dedica a enseñar. Me gustaría que me explicase algunas cosas del *karate,* señor Barton.

—No mienta —dijo Glen con tono truculento, y apuntándola con un dedo—. ¡Lo que ocurre es que le he resultado tremendamente simpático!

—¡Por supuesto que sí!

—Llamaré a mi amigo en cuanto encontremos un teléfono.

Cinco minutos más tarde, Glen Barton estaba al habla con Daniel Carr, desde una cabina.

—Dan, soy yo... O sea, Glen... ¿De qué te ríes?

—¡...!

—Sí —sonrió Tigre Barton—. Parece que tengo la tarde de lo más simpático. Oye, ¿tienes un alumno llamado Jim Corbett?

—¿Y sabes si tiene una hermana?

—Ni idea. Bueno, pues ya sabes ahora que tiene una hermana. Y como quiera que la chica es una sensación y tiene pomelos en su apartamento, me voy con ella.

—¿...?

—Me ha invitado. Le interesa el *karate,* finalmente. Voy a meterle un rollo que ya verás cómo mañana se presenta en tu *dojo* para inscribirse. Y además, otra cosa: no puedo comer lo que quiero, no puedo beber, no fumo... ¡No querrás que también me prive de «mirar» a una chica encantadora!

—No parece que ella vaya a permitirme más que mirar. Eres un cochino mal pensado, y como castigo, cenarás solo. ¡Adiós!

Un instante antes de que Glen colgase el auricular, se oía por éste la risa de Daniel Carr. Sonriendo, Glen salió de la cabina, y se reunió con Stella Corbett, a la que tomó cortésmente de un brazo.

—Asunto arreglado. ¡Vamos a por los pomelos!

—Tengo el coche cerca de la *Karate Carr...* Pensé en seguirlo con el coche, pero me pareció una tontería. ¡Y no sabe lo que me costó decidirme a abordarlo, señor Barton!

—Bueno —frunció el ceño Glen—, si vamos a tomar jugo de pomelos en la intimidad, creo que deberías llamarme Glen, ¿no?

Stella Corbett todavía reía cuando, veinte minutos más tarde, abría la puerta de su apartamento, sito en un bonito edificio dedicado a alquiler, nada menos que en la Sabal Palm Road, en Buena Vista, enfrente mismo de la Biscayne Bay.

—Pasa —dijo ella, riendo una vez más—. Oh, espera, encenderé la luz, porque las persianas están cerradas.

Encendió la luz, miró a Glen, y éste hizo un simpático gesto que quería decir, claramente, «las damas, primero». Así que Stella entró en primer lugar.

A ella no le ocurrió nada.

Pero, apenas hubo puesto Glen los pies dentro del apartamento, y en el momento en que percibía cierto movimiento al otro lado de la puerta, recibió tal trastazo en la cabeza que ésta se llenó de un millón de luces de todos los colores.

Y, de pronto, la súbita oscuridad.

Como si se hubiese fundido una bombilla.

CAPÍTULO III

Por fortuna, aquella bombilla sí pudo volver a funcionar. Bastó que Glen Barton abriese los ojos para que se hiciese la luz. Una luz que, de momento, le molestó, así que volvió a cerrar los ojos. Se quedó así, quieto, más de un minuto, poniendo en su lugar las piezas de su cabeza, que parecían haber saltado en todas direcciones.

Exacto: había recibido un golpe espantoso en la cabeza. Quiso llevarse las manos al lugar golpeado, y se dio cuenta, entonces, de que las tenía atadas. Y también los pies. No tuvo necesidad de abrir los ojos para saber que estaba sentado a una silla y atado concienzudamente a ésta. ¿Le dolía la cabeza? La sacudió con cuidado. No. Bueno, sólo un poco.

—¿Te duele?

Abrió de nuevo los ojos. No había luz eléctrica encendida en parte alguna; simplemente, las persianas habían sido abiertas. Pudo ver a Stella Corbett frente a él, mirándole con simpatía... Pero él la miró apenas, porque su atención se centró inmediatamente en los nuevos personajes: tres sujetos altos, de facciones duras, ojos penetrantes que le contemplaban especulativamente. Los tres eran jóvenes, los tres vestían con corrección y discreta elegancia.

—Nuestros nombres, señor Barton —dijo uno de ellos—, no le servirían a usted de nada, así que bastará que nos llame *Uno* —se señaló a sí mismo, y luego a sus compañeros—, *Dos* y *Tres.* ¿Comprende?

La mirada de Glen se desvió, hosca, hacia Stella.

—¿Quiénes son estos fantasmas? —gruñó.

Stella miró a *lino,* pero éste le hizo una seña para que guardase silencio, acercó una silla, y se sentó frente a Glen.

—Espero que perdone la... rudeza con que lo recibimos, señor Barton, pero no podíamos estar seguros de que usted fuese lo que dice ser. No en su totalidad, al menos.

—Le advierto que no entiendo nada —volvió a gruñir Glen.

—Se lo explicaremos —sonrió *Uno*—. Nosotros, señor Barton, nos dedicamos, en estos días, a vigilar la villa de Wayne Ronson, así que usted nos llamó la atención.

—Perdone, amable informante: ¿quién es Wayne Ronson?

—¿No lo sabe?

—Ni idea. ¡Espere! ¿La villa.. ? ¡No me diga que está usted hablando de la playa privada!

Uno sonrió secamente.

—De eso estoy hablando, en efecto. ¿Sabe usted algo del asunto?

—Seguro que sí: tuve que darles unos golpes a tres sujetos allá, esta mañana.

—Eso ya lo sabemos. ¿Qué más?

—Nada más. ¿Ya lo saben?

—Lo vimos. Ya le he dicho que estamos vigilando la villa de Wayne Ronson, especialmente desde el mar. De cuando en cuando, una de nuestras lanchas pasa por delante de la playa, y echamos un vistazo, con prismáticos. Tengo entendido —sonrió de pronto *Uno*— que se libró usted de tres tipos como si tal cosa.

—Eran unos desgraciados.

—Me temo que se equivoca, señor Barton. Pero vamos ante todo a aclarar nuestra situación con usted. Repetiré una vez más, que estamos vigilando la villa de Ronson, así que vimos lo que pasó allí. Nos interesó usted, naturalmente, y le seguimos...

—¿Me siguieron por tierra firme con una lancha?

—Tenemos otros medios. —*Uno* sacó una pequeña caja metálica, que mostró a Glen—. Esto es una radio, señor Barton. Tiene un alcance superior a las quince millas. Con aparatos como éste, mis compañeros y yo, tanto los que patrullan en lancha, como los que vigilan en tierra firme, nos mantenemos cómodamente en contacto. Desde la lancha llamaron avisando lo ocurrido, y dos hombres lo siguieron a usted hasta el domicilio de Daniel Carr. Luego, los siguieron a ambos hasta la *Karate Carr.*

—No me diga más: Stella no tiene allá ningún hermano.

—No. Pero seguía usted interesándonos, así que Stella y nosotros nos repartimos el trabajo. Ella se ocupó de usted...

—Daniel Carr me dijo que sí tenía un alumno llamado Corbett.

—Ese es el muchacho al que Stella interpeló cuando salía de la *Karate Carr* antes que usted. Supo su nombre, que es *Quinto Dan de Karate,* que había hecho una auténtica demostración. Todo eso. Y Stella decidió presentarse como Stella Corbett.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Lo dejaremos, por el momento, en Stella Corbett —casi sonrió *Uno*—. Bueno, señor Barton, en cuanto lo tuvimos a usted aquí, dos de nuestros compañeros fueron a ver al señor Carr, para informarse sobre usted más cumplidamente, de modo que, por fin, sabemos de usted lo que nos parece satisfactorio: aparentemente, es una persona digna de confianza.

—Muchísimas gracias.

—Acepto su ironía. Y le deseo a usted mucha suerte en el

Campeonato Nacional de Karate de Estados Unidos, a celebrar en Miami, creo que dentro de ocho días. ¿No es así? Aunque, según su amigo Carr las ambiciones de usted van más allá: campeón del mundo de *karate* en su peso. ¿Correcto, señor Barton?

—Primero tengo que ganar el nacional —murmuró Barton.

—Ya le digo que le deseamos suerte. Aunque el señor Carr asegura que no la necesita usted, que le bastan sus puños, y...

—¿Realmente han hablado ustedes con Daniel?

—Dos hombres están todavía con él. ¿Quiere convencerse de que no estamos diciendo tontas mentiras?

—Sí.

Uno asintió, efectuó la llamada en la pequeña *radio,* y en el acto sonó en ésta una voz de hombre:

—¿Sí?

—Barton quiere hablar con Carr: dale tu radio.

—*Okay.*

Uno acercó su radio a la boca de Glen, que musitó:

—¿Dan?

—¡Glen! ¿En qué lío te has metido?

—Al demonio... Todo lo que hice yo esta mañana fue ir a correr por la playa, y tú lo sabes. Y por la tarde, mi delito fue aceptar jugo natural de pomelo... ¿Estás bien, Dan?

—Sí, hombre, sí. Les he dicho quién eres, y se han tranquilizado todos. Parece que pensaban que tenías algo que ver con un asunto peligroso, pero no sé cuál, pues no me han dado explicaciones. Pero si la CIA anda metida en esto...

—¿La CIA? —respingó Glen, mirando vivamente a *Uno,* que se limitó a sonreír amablemente.

—¿Con quién crees que estamos liados? —gruñó Carr—. ¡Claro que son de la CIA!

—Está bien. Dan... Ya nos veremos. Tómatelo con calma. Adiós.

Uno cerró la radio, la guardó, y se quedó mirando con socarrona amabilidad a Glen Barton, que finalmente soltó otro gruñido y masculló:

—Está bien. ¿Qué demonios está pasando?

—Su amigo Daniel Carr será ahora aleccionado en el sentido de que no debe hacer comentarios con nadie, absolutamente con nadie, sobre este asunto, señor Barton. Lo mismo le digo a usted: ¿podemos... confiar en que, acepte o no nuestra proposición, mantendrá la boca cerrada?

—Les advierto a ustedes que no me gusta la CIA.

—Ya sé que tenemos mala prensa. Pero, en definitiva, señor Barton, nosotros estamos trabajando en defensa de Estados Unidos, mientras que otras personas están tramando algo contra nuestro país.

Eso es fácil de entender, ¿verdad?

—Sí —murmuró Glen—. ¿Se refiere a ese Wayne Ronson?

—En efecto. Aunque Ronson es solamente... Bueno, digamos que él es el mástil del paraguas que sujeta todas las varillas para que el paraguas funcione. Algo así como... coordinador de muchos y variados personajes que, según nuestras fuentes de información, están tramando algo contra Estados Unidos.

—Bueno, yo creo que si rompen ustedes ese mástil, no funcionará ninguna varilla.

Uno sonrió casi amablemente.

—Su mentalidad, señor Barton, es... muy deportiva; directa, casi diría que ingenuamente noble. Los servicios de espionaje tenemos una mentalidad muy diferente. Nosotros no queremos romper «solamente» el mástil: queremos todas las varillas. Estamos vigilando a Wayne Ronson, precisamente esperando que las varillas acudan a completar el paraguas. Tenemos la certeza de que Ronson está esperando a una serie de interesantes personajes en esa villa. Y los queremos «a todos».

—Comprendo —asintió Glen—. ¿Qué están tramando Ronson y sus amigos?

Uno frunció el ceño un instante, reflexionó... Movió acto seguido la cabeza, con gesto negativo.

—Si, como tenemos la esperanza, usted acepta ayudarnos, me parece mucho más prudente que no sepa nada al respecto. Al menos, por ahora.

—¿Ayudarles yo? ¿Cómo?

—Se nos ha ocurrido que, visto el fracaso de los tres tipos que quisieron golpearle a usted, quizá Ronson consideraría una buena idea contratar a un luchador tan eficaz.

—¿A mí?

—¿Por qué no? Todo lo que tendría que hacer usted mañana por la mañana sería volver por aquella playa, como si tal cosa, y ver si consigue algún acercamiento, aunque sea por medio de la muchacha que tomaba el sol. Por ejemplo, puede preguntarle quién es, qué hace allí...

—¿La CIA no sabe eso? —sonrió Glen.

—La CIA sabe muchas cosas, pero no todas. Además, señor Barton, esa muchacha pelirroja apareció en la villa hace apenas tres días. Y lo mismo los tres tipos de las porras. Nunca antes los habíamos visto.

—Bien, no sé qué decirles sobre los tres fantoches, pero sí sobre la pelirroja. Ignoro su nombre, pero sé que es la amante del propietario de la villa.

Uno, Dos, Tres y Stella se quedaron mirando fijamente y en total

silencio a Glen Barton durante casi medio minuto. Por fin, *Uno* murmuró:

—Eso es imposible.

—¿Qué cosa es imposible?

—Que Ronson se haya echado una amante a estas alturas. Lo sabríamos... Y ni siquiera sabemos de dónde ha salido esa muchacha. Lo de los hombres no importa, siempre se encuentran por ahí sujetos como ésos, a centavo la tonelada. Vale. Pero una amante en estas circunstancias... No nos parece posible.

—Es lo que ella me dijo: que era la amante del dueño de la villa, su muñeca..., que se acostaba con él, vamos. Yo le dije que me parecía algo lógico que un tipo que tenía playa privada tuviese también puta privada o algo así, y me fui.

Uno se puso en pie, se acercó a la puerta-ventana que daba a la terraza, y se quedó mirando hacia el mar, e espaldas a los demás, que esperaron en silencio. .Esta vez. *Uno* permaneció silencioso casi dos minutos antes de volver a sentarse frente a Glen.

—Usted es simpático, señor Barton...

—Hombre, gracias.

—De nada. Si Stella lo dice, es que lo es realmente. ¿Qué le parecería ser simpático, mañana por la mañana, en esa playa privada?

—Lo que usted quiere es que me metan unas cuantas balas en el cuerpo, vamos —farfulló Glen.

—No. Lo único que queremos es que usted consiga meter las narices en esa playa y esa villa, y nos diga luego qué es exactamente lo que ha visto y oído.

—Escuche, yo sólo soy un *budoka,* no un espía. Ese trabajo es más propio de uno de ustedes, ¿no le parece?

—Sin duda. Pero a nosotros quizá se nos notaría la... profesión, ¿comprende? En cambio, de usted destaca en seguida su aspecto deportivo. No tiene en absoluto pinta de espía..., lo que le convierte en el espía ideal. Usted entiende esto, sin duda.

—Claro que sí, pero...

—No está obligado —sonrió maliciosamente *Uno*—. Sólo se trata de que, además de ganar el Campeonato de *Karate* de Estados Unidos, haga usted algo por Estados Unidos.

—¡Coñeta, vaya modo de plantear la cuestión que tiene usted!

Uno se puso de nuevo en pie.

—Adiós, señor Barton. Espero que perdone las molestias que le hemos ocasionado.

En cuestión de segundos, Glen se encontró solo con Stella en el apartamento. La muchacha sonrió, se acercó a él, y procedió a soltar sus manos y pies. Luego ofreció:

—¿Te preparo el jugo de pomelo?

—Sí, gracias.

—Estará listo en un minuto.

Stella Corbett tardó tres o cuatro minutos en regresar de la cocina, con una bandeja en la que había dos vasos y una jarra de cristal rebosante de jugo de pomelo. Para entonces, Glen Barton se había frotado las muñecas, se había asegurado de que tenía la cabeza completa y aumentada por el chichón en la parte posterior, y hasta había tenido tiempo de reflexionar.

—A mí me parece —dijo—, que es una tontería que me utilicéis a mí, Stella. Podéis encontrar uno de vuestros compañeros con aspecto parecido al mío y que sabría mejor que yo lo que...

—Ninguno de nuestros compañeros, sometido a escrutinio, podría presentar un historial nítido como el tuyo. Ni ninguno de nuestros compañeros ha tenido ya... contacto con la gente de la villa. Pero como bien dijo *Uno,* no estás obligado a aceptar. ¡Salud!

Tendió a Glen uno de los vasos que acababa de llenar de jugo de pomelo, y alzó el suyo.

—Salud —gruñó Glen.

Se bebió de un tirón el primer vaso de jugo de pomelo, y se quedó mirando luego a Stella, que le contemplaba expectante, y que sonrió de pronto.

—¿Quieres más? —ofreció.

—¿Qué pasa? ¿Tienes prisa porque me vaya?

Stella pareció sorprendida. Dejó su vaso, se acercó al *karateka,* y se colgó de su cuello, de modo que sus bonitos y macizos senos se aplastaron tibiamente contra el musculado pecho de Glen.

—Todo lo contrario —musitó—: si por mí fuese, te quedarías aquí toda la noche.

—¿Con qué fin? —preguntó Glen, dejando también su vaso, a tientas.

—Oh, vamos, Glen...

—Se trata de que intentarías engatusarme para que fuese a jugarme tontamente el pellejo en esa playa privada, ¿no es así? He oído decir que las espías son capaces de todo con tal de conseguir sus propósitos, y digo capaces de «todo».

—No todas.

—Pero tú, sí.

—Sí. Sólo que mis propósitos son... personales. Que aceptes o no el juego de la playa privada no tiene nada que ver con lo que me gustaría que sucediese entre nosotros.

—Eso tendrías que demostrármelo.

Stella Corbett parpadeó. Luego cerró los ojos, entreabrió la boca, y la acercó a la de Glen Barton. Las manos de éste pasaron a la

espalda de la muchacha, y apretaron de modo que aún notó mejor los senos turgentes y cálidos a través de las ropas de ambos... Y mientras tanto, su dura boca se apoderó de los labios de Stella, que eran tiernos, extrañamente frescos, suaves...

Ella adelantó su cintura entonces, y Glen Barton percibió el calor. Stella emitió un gemido, y sus deditos se hundieron en los rubios rizos de la nuca del *karateka,* cuyas sensaciones iban aumentando en todos los órdenes... ¡Qué fresca tenía Stella la boca! A cada centímetro que su mano recorría por la tierna espalda de la muchacha, notaba el estremecimiento de ésta.

Stella apartó sus labios, y jadeó:

—Glen... No te vayas ahora...

Y Glen Barton se estremeció cuando Stella se apretó aún más contra él, y lo miró, sonriendo dulcemente.

—Me parece que no estás... en condiciones de marcharte...

Entró en el dormitorio, y ella, sonriendo, procedió a su vez a ayudarle a quitarse el jersey deportivo...

CAPÍTULO IV

—Te vas a abrasar viva, putita.

La pelirroja dio un salto como el del día anterior, lanzando al mismo tiempo un respingo idéntico, pero esta vez quedó tan pasmada que se olvidó de tapar sus bellos senos con una parte de la toalla. Sus ojos quedaron fijos en Glen Barton, desorbitados.

—¿Acaso no sabes que el sol es malo para la piel, tomado con exceso? —reprendió Glen.

—Pero... ¡usted está loco! —exclamó la muchacha.

—Que no, mujer. El sol es bueno, es formidable, beneficioso. Pero con él pasa lo mismo que con el whisky: un trago reconforta, una botella destruye. ¿Captas la diferencia?

La pelirroja parpadeó. Recordó lo de la toalla, asió una punta, y la subió, consiguiendo que Glen torciese el gesto.

—Se acabó el panorama —refunfuñó—. ¿Cómo te va con el anciano?

—¿Qué anciano?

—El tío que te paga las facturas del chiclé. Apuesto a que sólo en chiclé le haces gastar más de un dólar diario. Pregunta indiscreta, nena panocha: ¿has trabajado esta noche?

—¿Que si he trabajado? ¡Yo no trabajo!

—Respuesta tonta. ¡No me digas que lo haces por placer! Me refiero a lo de darle juerga al viejo... ¿Comprendes?

La pelirroja volvió a parpadear. Parecía que no Conseguía salir de su asombro.

—Escuche —murmuró—, no me gustan los líos. Y ya armó usted uno bueno ayer. ¡No sabe lo que me ha costado que mi amigo me haya dejado volver a la playa! Así que... ¿por qué no es buen muchacho y deja de fastidiar?

—Vaya, no te lo tomes así, encanto; sólo quería saludarte, de veras.

—Pues ya lo ha hecho. Así que muchas gracias... ¡y adiós!

—Muchacha, no eres nada sociable. No entiendo por qué un tipo rico te soporta. Aunque pienso que quizá con él eres más simpática que conmigo. ¿Es eso?

—Sin duda.

—El dios dólar, ¿eh?

—Así es la vida —sonrió la pelirroja.

—Lo que quiere decir que si fuese yo quien tuviese pasta a montones, te venías conmigo al jardín de las delicias. Vamos, y con el hombre-lobo, si éste llegaba con una mochila llena de billetes.

—Me gustan los hombres peludos —asintió la pelirroja, riendo.

—Entonces, no hay nada que hacer. Tú y yo no ligamos..., a menos que alguien me regale un crecepelo. Bueno, joya camera, hasta otra... Oye, ¿cómo te llamas?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Para anotar tu nombre en mi lista de amores imposibles.

La pelirroja soltó una carcajada..., y en ese mismo instante Glen Barton vio salir de entre las palmeras a los tres tipos del día anterior. Esta vez no llevaban las porras en la mano, ni corrían. Esta vez llevaban las pistolas, y caminaban lentamente, mirando con expresión en verdad inquietante al *karateka.* La pelirroja Siguió la mirada de éste, y su sonrisa se truncó.

—Me parece que te la has cargado, «correcaminos» —dijo.

Glen la miró, sonriendo secamente.

—Oye, ¡tienes chispa! ¡De veras! Me ha hecho gracia eso de «correcaminos»... Pero deberías haberme llamado «correplayas», digo yo... ¿Amas mucho a esos tres gorilas?

—¿A ellos? En absoluto. Ni lo más mínimo.

—Lo digo porque como voy a partirles la cara...

—Estás chiflado —dijo ella—. Y me temo que has conseguido que mi amorcito no me deje volver por aquí. Todos sois iguales: en cuanto veis una chica aprovechable, os lanzáis de cabeza.

—No se me ocurre qué habría de hacer yo con la cabeza, pero puedo hacerte sugerencias más lógicas.

—De verdad, chico: estás como una cabra. Pero ya no podrás triscar más hierba, porque te vas a quedar sin dientes.

—¿Nos apostamos un escarceo entre tú y yo a que les parto la cara?

—Te diré cómo va a terminar esto, tigre rubio: para el resto de tu vida ya no necesitarás pasta dentífrica.

—Lo que significa que ahorrando, ahorrando, quizá llegue a tener el suficiente dinero para alquilarte por una noche. ¡Hombre, y hablando de eso...! ¿Cuánto me cobrarías por una sesión?

La pelirroja movió la cabeza, y no contestó. Los tres hombres habían llegado ya muy cerca de ellos, y se habían detenido, formando un semicírculo de modo que Glen Barton solamente podía dirigirse hacia el mar..., aunque bien entendido que por mucho que corriese, jamás lo haría más deprisa que una bala.

—Usted —dijo fríamente el llamado Travis—, venga aquí.

Glen los miró uno a uno, y sonrió.

—Oigan, ya basta, ¿eh? Miren, siento lo de ayer, pero me tocaron las narices. Y guarden esos hierros... ¿Qué les pasa? ¿De veras piensan que voy a creerme que van a disparar contra mí sólo por meter los pies en una playa privada?

—Le digo que venga aquí.

Glen Barton refunfuñó por lo bajo, y se acercó, de evidente mala gana. Travis quedó frente a él, mientras los otros dos pasaban a su espalda, y sin decir palabra se dedicaban a registrarle. Es decir, lo que hicieron fue pasar las manos por el cuerpo de Glen, sobre el chándal.

—Están de broma, ¿eh? —gruñó el *karateka*—. ¿Creen que llevo armas, como ustedes? Ya vieron ayer que no las necesito: soy un *karateka,* no un pistolero de mala muerte.

—Camine hacia allí —señaló Travis por encima de su hombro izquierdo hacia las palmeras.

—Nada de caminar. Voy a seguir corriendo ahora que ya he saludado a mi vecina de playa. Y no voy a ir hasta allí, sino...

—Se está buscando un balazo en una rodilla —dijo Travis—. ¿Cree que eso sí me atrevería a hacerlo?

Glen Barton se quedó mirándolo fijamente, al parecer impresionado por la amenaza. Por fin, asintió con un gesto, y comenzó a caminar hacia la casa, apenas visible tras las palmeras. Se volvió de pronto para mirar a la pelirroja, que le estaba mirando muy seria.

—Y a todo esto, no me has dicho aún cómo te llamas, nena.

—Marjorie.

—Es un nombre bonito —aprobó el *budoka.*

Continuó caminando. Llegó a la línea de palmeras, y apenas comenzó a caminar entre ellas vio mejor la casa. Una hermosa casa, de refulgente blancura, tejado rojo, ventanas pintadas de azul... Estaba rodeada de flores. Había piscina... Una hermosa piscina de forma caprichosa, rodeada de césped. A un lado de la piscina había unos cuantos parasoles de bonitos colores, y, bajo éstos, Glen vio varias sillas extensibles. Un parasol mayor que los demás protegía una mesa con un agujero en el centro por el que pasaba el mástil del parasol. En la mesa había varios vasos, ceniceros, cigarrillos humeantes... Y alrededor de la mesa, cuatro hombres, todos los cuales habían vuelto la cabeza, y lo estaban mirando fijamente, inescrutables sus rostros.

Tres de aquellos hombres eran jóvenes, alrededor de los treinta años. El cuarto debía tener quizá cincuenta, era calvo, de ojos pequeños y escrutadores, gesto duro. La calvicie no engañó a Glen: aquel hombre tenía más mala uva que todos los demás juntos, y era fuerte, sólido, poderoso. A fin de cuentas, cualquiera puede ser calvo, cosa que no significa nada. Pero sí lo significaba la mirada de aquel

hombre...

Mirada que recorrió lentamente a Glen, de arriba abajo, cuando éste se detuvo. Mirada que, finalmente, quedó fija en la cabeza de tigre bordada en el chándal.

—¿Es el de ayer? —preguntó.

—Sí, señor Ronson —dijo Travis.

—¿Y ha tenido narices para volver por aquí?

—Eso parece, señor.

—Bueno —la mirada del llamado Ronson pareció clavarse en los ojos de Glen—. ¿Qué le pasa a usted? ¿No sabe leer?

Glen Barton frunció el ceño.

—Si se refiere al cartel que dice que la playa es privada, ya me gustaría que me demostrase usted eso. La playa es de todos. Y le advierto que ni usted ni estos simios con pistolas me asustan.

—Ya veo. Los tiene usted bien puestos, ¿eh?

—Hasta ahora no se me han caído nunca.

Un destello divertido pasó por los ojos de los tres silenciosos hombres que compartían la mesa de Wayne Ronson, mientras éste sonreía abiertamente.

—¿Sabe que podríamos dispararle unos cuantos tiros y decir luego que usted vino a robar o algo así, señor... señor...?

—Mi nombre es Barton, Glen Barton. Y déjese usted de cuentos, amigo. ¿Quién iba a creerle? Uno no va por ahí en chándal al mediodía para meterse a robar en una casa protegida por perros...

Travis lanzó una exclamación de rabia, se acercó por detrás a Glen, y le golpeó con la pistola en los riñones. Simplemente, movió a Glen Barton lo justo y lógico, pero en el rostro del *karateka* no apareció el más leve gesto de dolor. Ni de nada. Era como si no le hubiesen golpeado.

—¡La madre que te...! —graznó Travis.

—Quieto —ordenó Ronson, entornados los párpados—. Vaya, señor Barton, es usted realmente raerte. ¿A qué se dedica?

—Soy *karateka.*

—Ah... Sí, entiendo. ¿Eso da dinero?

—Para ir tirando. Desde luego no puedo pagarme un pastel como el de usted, si se refiere a eso.

—¿Qué pastel?

—Creo que se llama Marjorie.

—Ah, ya —sonrió de nuevo Ronson—. Le gusta, ¿eh?

—Mire, todo esto es una tontería. ¿Qué quieren, que les pida disculpas por lo de ayer? De acuerdo, yo les pido disculpas a ustedes, ustedes a mí, y tan amigos. Pero no pienso seguir aquí como un niño que se ha portado mal. ¿Está claro?

—Es usted un tipo curioso. Por un lado, resulta simpático, y por el

otro parece que tiene muy mala leche.

—Es que me amamantó una tigresa.

—,¿Lo ve? —rió Ronson—. ¡Eso tiene gracia!

—Pues pague. Yo no actúo gratis.

—¿Necesita dinero?

—Diez dólares, no.

—¿Quinientos a la semana?

Glen Barton puso cara de pasmo. Luego entornó los párpados. Finalmente sonrió.

—Oiga, ¡usted también es simpático! —exclamó.

—¿Le gustaría ganar quinientos a la semana?

—¿Es usted homosexual? Hombre, claro que no, si tiene a la pelirroja... Claro. Bueno, puesto que no hay peligro de eso, dígame: ¿a cambio de qué todo ese dineral?

—He comprendido ya cómo fue posible que ayer se desembarazase usted tan fácilmente de Travis, Esteban y Ogden: es un *karateka,* y al parecer, eficaz. En cambio, mis empleados parece que no lo son tanto. ¿Podría usted enseñarles algunas... cosillas?

—¿Me pagaría quinientos a la semana por eso?

—¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo, si quiere —rió de nuevo Wayne Ronson.

—Pues por mí... Bueno, no sé. ¿Sería siempre a la misma hora que hoy?

—No lo ha entendido, señor Barton: si usted acepta mi oferta pasará a ser un empleado mío. Por lo tanto, tendría que instalarse aquí, con los demás. Todo pagado, naturalmente.

—Y ahora me ofrecerá usted acostarme con la pelirroja, ¿eh?

—¿Le parece demasiado? Estoy hablando en serio: alojamiento, gastos pagados, y quinientos a la semana. A cambio, seriedad y obediencia... Lo de seriedad va por Marjorie, ¿comprende?

—Con quinientos a la semana puedo arreglármelas para encontrar mis propios juguetes —sonrió Glen—. ¿De verdad no es broma todo esto?

—No es broma.

—Bueno, estoy en casa de un amigo que tiene una escuela de *karate* en Miami. Puedo ir allá, recoger mis cosas, darle las gracias, y venir a instalarme aquí. Mi amigo vive en Perrine, de modo que puedo estar de vuelta muy pronto. Perdone..., ¿cómo se llama usted?

—Ronson. «Señor» Ronson.

—Entendido, señor Ronson. ¿Hasta luego, entonces?

—Le esperamos. Y puesto que ha de volver cargado con sus cosas, Travis le acompañará con uno de los coches. ¿Le parece bien?

—Me parece pistonudo —sonrió Glen.

Saludó tocándose la frente con dos dedos, dio media vuelta y

emprendió el regreso hacia la playa, pero Travis, que, como los otros dos, ya había guardado la pistola, le sujetó por un brazo.

—El garaje está allá —señaló.

Barton miró la mano que sujetaba la manga de su chándal, miró luego a Travis, después a Ronson y a sus tres silenciosos acompañantes. Finalmente sonrió.

—Si me quitas la mano de encima te compraré un helado —dijo, amablemente.

Travis retiró la mano, despacio, y se dirigieron ambos hacia el garaje, seguidos por la sonriente mirada de Wayne Ronson, que comentó:

—Un tipo duro, ¿eh?

CAPÍTULO V

—;Cómo que te vas? —exclamó Daniel Carr—. ¿Y adonde?

—Me han invitado otros amigos —explicó Glen, señalando a Travis, que había entrado con él en el apartamento—. No te lo tomes a mal, Dan.

—Bueno, no es eso. Si has de estar mejor, me alegro por ti, Glen, naturalmente. Pero había pensado que todos estos días podrías venir a mi *dojo...* ¿Podrás?

—No creo. Lo siento. Dan.

—Bien. Pero supongo que continuarás entrenándote.

Glen Barton frunció el ceño.

—¿Para qué? —murmuró—. Tú sabes que todo eso es un puro sueño.

—Glen, escucha...

—Escucha tú. Sí, escucha... Los dos hemos trotado lo nuestro antes de volver a casa con nuestros grados de *karate,* ¿verdad? Las hemos pasado putas, nos hemos entrenado como bestias, lo hemos sacrificado todo. ¿Recuerdas el tiempo que pasamos en Japón? ¡Una pura mierda! Comíamos menos que un pájaro, y los entrenamientos eran de muerte, día tras día ¡Aquéllos eran tiempos románticos! Hambre, soledad, golpes todo el día, saltos, esguinces, contusiones, fracturas de dedos, hada de whisky, nada de chicas, nada de nada... Y todo aquello, ¿para qué? ¿Qué tenemos ahora?

—Bueno, tenemos...

—¡No tenemos más que una puñetera mierda! ¿Cuánto estás ganando con tu *Karate Carr?* ¿Mil al mes?

—Aproximadamente.

—¡Aproximadamente! Está bien, yo estaba ganando algo más en Nueva York con mi *dojo.* Pero, ¿cómo? Te lo diré: todo el día ensenando a cabezas duras que ven el *karate* como una... diversión que, además, puede convertirlos en superhombres... ¡Cretinos! ¡Eso no es ti *karate!* ¿O sí?

—No, pero…

—¡Pero narices! Escucha, estoy harto... He dejado lo mejor de mi vida en esta absurda carrera para conseguir mi *Quinto Dan.* A cambio, no tengo nada; sólo unos alumnos que no tienen ni idea de la verdad del *karate,* ni del *budo,* ni de nada de nada... ¡Maldita sea, estoy harto!

Ya basta de bobos que quieren ser reyes del *karate,* ya basta de clases llenas de tontos... Pronto cumpliré treinta años, Dan. Y ya estoy cansado. Lo dejo. ¿El Campeonato Nacional? ¡Al demonio con él! ¿Qué crees que pasaría si me presentase a él? Pues pasaría que aparecería un niño bonito de dieciocho o veinte años que con dos años de entrenarse a lo bestia tendría suficiente para romperme la cara a mí, que ya soy «viejo» para estas cosas. Así que antes de que me rompan otro hueso, lo dejo. Me retiro... a ganar dinero por fin. ¿Lo entiendes?

—No. Pero si eso es lo que deseas... —dijo fríamente Carr.

—Eso es justamente lo que deseo.

Abandonó la salita, dejando en ésta a Daniel Carr y al silencioso y expectante Travis. Entró en el dormitorio que su amigo le había preparado, y, apenas cruzar el umbral, vio a Stella Corbett. La muchacha se llevó un dedo a los labios, y Glen se apresuró a cerrar la puerta.

Stella se acercó a él, se colgó de su cuello, y le besó en los labios. Barton la abrazó, y la estuvo acariciando mientras tomaba la iniciativa del beso, hasta que Stella gimió quedamente, y se apartó.

—Me estas... enardeciendo —susurró—, y no creo... que sea el momento...

—¿Cómo demonios se te ha ocurrido esperarme aquí? —gruñó él.

—Lo hemos estado viendo todo, y cuando te vimos salir con el coche supusimos que todo iba bien, y que venías aquí... Glen: ¿todo va bien?

—¿Bien? Acaba de quedar como un cochino con Dan... Bueno, supongo que él está al corriente, y que sabe de qué va mi actitud. Pero de todos modos, yo no sé si va bien: Ronson me ha contratado como... entrenador de sus gorilas, eso sí.

—Ten mucho cuidado; Ronson no es tonto.

—Ya lo sé. Aquí, si hay algún tonto, soy yo. Bueno, dime qué haces aquí. Supongo que no has venido sólo a darme el beso de despedida.

—He venido a besarte —susurró ella, haciéndolo ahora en la barbilla, y luego en el cuello—, pero también a traerte algo que vas a necesitar.

Se apartó y le mostró una de aquellas pequeñas radios cuyo alcance era de quince millas. Glen Barton se atragantó al verla.

—¿Estás loca? —jadeó—. ¡Si meto eso en mi bolsa será lo mismo que meter una bomba que puede explotarme en las narices en cualquier momento! Si me la encontrasen me harían papilla... Hay seis hombres en esa casa: siete, con Ronson. Todos armados, naturalmente. Y seguro que hay algunos más que aún no he visto. Escucha, voy a meterme en un avispero, Stella. ¡No me digas que

encima tengo que llevar algo que irrite a las avispas! ¿Crees que no registrarán mis cosas?

—Bueno... Puedes esconderla apenas llegar a la casa. Lo hacemos por ti más que por nosotros, Glen. ¿De qué otro modo podrías avisamos si necesitases ayuda? No se trata sólo de que nos pases información, sino de que, en un momento dado, puedas recurrir a nosotros.

Glen Barton vaciló. Soltó un gruñido, recogió su bolsa y la colocó sobre la cama. Quitó la radio de la mano de Stella y la tiró dentro de la bolsa, en la cual Colocó luego las pocas cosas que había llevado en aquel viaje.

Cerró la bolsa, y se volvió hacia la muchacha.

—El que va a morir te saluda —mascullÓ.

—Glen —ella volvió a colgarse de su cuello—. Creo que no tenemos derecho a pedirte esto... Si no quieres ir, yo comprenderé. Y nada tiene que cambiar entre nosotros por eso.

El sentido común le decía a Glen Barton que debía aceptar la salida que se le ofrecía, que debía retirarse ¿hora que estaba a tiempo de hacerlo con vida. Pero, sorpresivamente, la imagen de la pelirroja Marjorie apareció en su mente, con tal intensidad, que pareció incluso más presente que la rubia que colgaba de su cuello.

—¿Te ocurre algo? —susurró Stella.

Lo estaba mirando fijamente. Glen sonrió como pudo, le dio un besito en los labios, se desprendió de ella y agarró su bolsa. Segundos más tarde aparecía en la salita, donde Daniel Carr y Travis, sentados ambos, permanecían en embarazoso silencio. Travis se puso en pie rápidamente, y fue hacia la puerta. Glen saludó con una mano:

—Hasta la vista, Dan.

—Adiós —murmuró Daniel Carr.

Cuando abandonó el apartamento de Carr, Glen Barton todavía tenía en la mente la imagen de la pelirroja, de profesión: puta privada.

* * *

—¡Bien! —gritó Marjorie, batiendo palmas graciosamente—. ¡Muy bien, bravo, bravo...!

Glen Barton dejó de ejecutar los movimientos de parada y contraataque con que había comenzado a instruir a los hombres de Wayne Ronson en el pequeño gimnasio construido detrás del garaje, y se volvió hacia la muchacha, frunciendo el ceño. Marjorie, sentada sobre un «potro» del gimnasio, sin más ropa que un diminuto bikini blanco, dejó de batir palmas con sus manitas tan bellamente pintadas, y sus ojos se abrieron mucho, fijos en el rostro del *karateka.*

—Señorita Marjorie —mascullό éste—; no estamos en un circo.
—¡Oh!
—¡Ah! Mire, si le divierte el *karate,* dentro de una semana tendrá lugar el Campeonato Nacional, precisamente en Miami. Vaya a verlo, y ríase cuanto guste... ¡ Pero cuando yo dé clases mantenga cerrada su boquita! ¿Está claro?
—Sí... Lo siento. ¡Pero a mí también me gustaría aprender eso!
Glen se la quedó mirando, estupefacto. Luego, se acercó lentamente a la pelirroja y se quedó mirándola con sumo interés. Junto a Marjorie, Wayne Ronson sonreía afablemente.
—Estupendo... ¡Estupendo! —exclamó Glen—. ¿De veras le gustaría aprender?
—¡Oh, sí!
—Bueno, bueno, bueno... Por mí, encantado, señorita Marjorie, pero no es fácil dedicarse, de pronto, al *karate,* ¿comprende? Vea por ejemplo a Esteban, Travis y Ogden. Son tipos fuertes, ¿eh?
—Sí... Supongo que sí.
—Sin embargo, están sudando como locos sólo porque han hecho unos cuantos movimientos. Claro que con esas ropas... Creo que deberíamos conseguirles unos *karategis,* señor Ronson, y así...
—¡Yo también quiero eso! —exclamó Marjorie, graciosamente caprichosa.
—Compraremos *karategis* para todos —aseguró, plácidamente, Ronson—. ¿Puede usted encargarse de ello, Barton?
—Sí, señor. Precisamente ayer vi una tienda de artículos deportivos en la Flagler, en Miami. Pero, mire, Creo que la señorita Marjorie debería dedicarse a otra cosa...
—¡Quiero aprender *karate*! —insistió Marjorie.
—Ya lo oye —rió Ronson—. ¡Habrá que ensenarle!
—De acuerdo —sonrió, de pronto, Glen—. Y empelaremos en seguida la primera lección. Vamos a ver...
Miró alrededor, vio unas tablas en un rincón del gimnasio, y fue hacia ellas. Eligió dos, las llevó adonde Marjorie y Ronson lo miraban interesados, y dejó una en el suelo. Colocó el extremo de la otra sobre el potro de gimnasia, casi tocando una cadera de Marjorie, y sostuvo el otro extremo con la mano izquierda. El grosor de las tablas era de dos centímetros como mínimo.
Glen tendió su mano derecha hacia la pelirroja.
—¿Me permite su mano, señorita Marjorie?
La muchacha parpadeó. Luego tendió su manita. Glen la tomó, y la examinó con grandísima curiosidad. Una mano pequeña, fina, delicada, fresca, deliciosamente pintada. Una mano... de juguete.
—No está mal, no está mal —aprobó el *karateka*—. Bueno, dele fuerte.

—¿Qué?

—Que le dé fuerte a la tabla. En el centro, así le será más fácil romperla.

—¿Rom...perla...? ¿Romper... esa tabla... con mi mano?

—Claro. Para ser admitida en el *karate* —mintió, con todo aplomo, Glen— hay que pasar esta prueba.

—Pe-..pero... pero ellos no lo han hecho —miró Marjorie a los tres sudorosos guardaespaldas de Ronson.

—Oh, se da por entendido que lo pueden hacer. Ya hemos decidido que son hombres fuertes, ¿no? No tienen por qué demostrarlo. Pero usted sí tiene que demostrar que está en condiciones de aprender.

—No es posible... ¡Nadie puede hacer eso! ¡Nadie puede romper esa tabla con la mano!

Glen Barton alzó las cejas, sonriente. Luego miró la tabla, flexionó la mano adecuadamente para el *shuto,* y miró con fijeza un punto de su objetivo. Llenó el vientre de aire...

—*¡KOÉEEEE...!*—lanzó el *kiai,* bajando su mano como si fuese un hacha.

La tabla se partió con seco crujido, quedando una mitad en la mano izquierda de Glen y saltando la otra mitad casi hasta el techo. Esta mitad cayó al suelo, y Glen se volvió a mirar de nuevo a la pelirroja, que le contemplaba con ojos desorbitados.

—¿Ve qué fácil, señorita Marjorie? —sonrió Glen.

—Usté... ¡usted ha tenido que... que romperse la mano!

—Examínela.

Marjorie tomó con sus manitas la del *karateka,* la colocó palma abajo, palma arriba, la palpó. Luego volvió a mirar el *budoka,* boquiabierta.

Wayne Ronson se echó a reír.

—Ha sido una demostración impresionante, Barton —admitió—, pero no creo necesario que Marjorie tenga que hacerla también. Vamos, sea amable con ella y enséñele unos cuantos golpes, eso es todo.

—Como usted quiera —encogió los hombros Glen—. Pero creo que será mejor que demos la clase por terminada hoy. Mañana, todos provistos de *karategis,* empezaremos a hacer bien las cosas. ¿De acuerdo? Pero hay una cosa de la que la señorita Marjorie no va a escaparse. Ni los otros tres: tendrán que aprenderse de memoria el himno del *karateka...*

—¡Eso sí que me gustaría! —exclamó Marjorie.

—...En japonés —terminó Glen.

—¡Oh!

—No se lo tome tan en serio —movió la cabeza Ronson—. Todo lo

que quiero es que mis hombres estén bien preparados. De los tres que vio antes en la piscina, respondo, porque hace tiempo que están conmigo, y sé a qué atenerme. Pero ya hemos comprobado que Esteban, Travis y Ogden, a los que apenas hace unas semanas que contraté, no son tan... eficaces como parecen. Así que enséñeles a serlo, y eso es todo.

—¡Pero a mí me gustaría aprender eso, Wayne! —pidió Marjorie —. ¡Me aburro mucho, quiero aprender el japonés!

—Si ése es tu gusto, hazlo. Pero los demás, ¡a trabajar en serio! A partir de mañana...

La puerta del gimnasio se abrió, y entró uno de los tres silenciosos sujetos que habían estado con Ronson junto a la piscina cuando Glen fue contratado. Se dirigió inmediatamente hacia Ronson, y le susurró unas palabras al oído, tan quedamente que sólo Ronson pudo oírlas.

—Ah, magnífico —exclamó—. ¡Vamos a verlo! Que lleven la camioneta al garaje, Nullygan. ¿Están Dillman y Coventy ahí fuera?

—Sí, señor. Habrá que sacar uno de los coches para que la camioneta quepa en el garaje.

—Pues sacadlo y en paz. ¿Cuántos hombres han venido con la camioneta?

—Dos: Carrizo y Gray.

—Está bien. Yo paso al garaje, ahora mismo, por la puerta de comunicación. Travis, vosotros tres salid a echar un vistazo. No creo que nadie haya seguido a la camioneta, pero no quiero ni el más pequeño descuido.

Glen observó a los cuatro hombres dirigirse hacia la puerta, y frunció el ceño.

—¿Qué hago yo, señor Ronson? —murmuró.

—Por el momento, nada. Bueno, vaya a enseñarle ese himno a Marjorie. Pero antes, vístase de otro modo: no quiero verlo por aquí en chándal o en *karategi,* salvo en las horas de entrenamiento.

—Muy bien. Creo que puse un traje en mi bolso Quiero decir, un traje completo, aparte de ropas más informales. Pero si cenamos con traje de etiqueta, lo siento: no tengo.

Wayne Ronson lo miró fríamente.

—Aprecio las bromas, Barton, pero en el momento oportuno. Y ya está terminando el tiempo de las bromas. Dentro de poco, tendremos trabajo en serio..., y espero que estará a la altura de las circunstancias.

—Lo procuraré. Hasta luego...

—¡Espere! —saltó Marjorie del potro—. ¡Voy con usted a la casa, Barton!

Wayne Ronson se dirigió hacia la puerta que comunicaba el gimnasio con el garaje, y Glen y Marjorie salieron de aquél a la gran

explanada que había frente a la casa. Allí, rodando ahora lentamente hacia la gran puerta del garaje, que se estaba alzando, había una camioneta blanca cuyo lateral indicaba que prestaba servicios de una tintorería. Gracioso.

Cuando entraron en la casa, Glen se iba preguntando qué debía haber, realmente, en aquella camioneta, ya que dudaba mucho que a unos trajes planchados les diese Ronson tanta importancia...

—Yo también me cambiaré de ropa, porque se acerca la hora de la cena —dijo Marjorie.

Glen la miró, y sonrió de lado.

—Buena idea, señorita Marjorie. Yo no soy, precisamente un caballero, pero creo que está feo cenar en bikini.

—Antes me tuteabas —murmuró ella, subiendo la amplia escalinata junto a él.

—Antes era antes... Pero si quieres, en la intimidad, te seguiré llamando putita privada.

Llegaron arriba, y, sin más. Glen entró en el cuarto que le habían asignado cuando llegó para instalarse en la casa. Cerró la puerta, e, instintivamente, miró hacia donde había escondido la pequeña radio que le había entregado Stella Corbett. Pero movió la cabeza: ¿qué podía decirles? ¿Que había llegado una camioneta? Tenía que saber algo más para que valiese la pena arriesgarse a utilizar la radio; de modo que la dejó en su sitio, adherida a la base de la mesita de noche por varias tiras de esparadrapo.

Fue a mirar por la ventana, pero la camioneta ya había entrado en el garaje, y la puerta de éste había .sido cerrada de nuevo... Bueno, ya conseguiría de un modo u otro saber lo que había en la camioneta.

Entró en el cuarto de baño, se duchó rápidamente, Volvió al dormitorio, y abrió el armario, donde había colocado sus cosas. Le fastidiaba ponerse traje completo, pero, en fin... ¡Y zapatos, en lugar de zapatillas deportivas! Torció el gesto, se sentó en la cama, y se puso en primer lugar los zapatos. Por fortuna, tenía los pies duros, muy duros. Se puso los calzoncillos, los pantalones...

La puerta del cuarto se abrió, y apareció Marjorie, con un precioso vestidito de cóctel, corto, de color azul pálido. Parpadeó al ver a Glen a medio vestir.

—¡Oh! Creí que ya estarías listo... —Lo estaré en un minuto. Espéreme en el salón, señorita Marjorie.

Ella vaciló, pero de pronto sonrió, y se acercó a él. —No seas tonto —murmuró—. ¡Estamos solos aquí arriba!

—¿Y eso qué significa?

Marjorie paseó su verde mirada por el torso desnudo del *karateka.* Alzó una mano, y deslizó un dedito por la curva de un pectoral, duro como roca.

—Qué fuerte eres —susurró—. Wayne es blando.

Glen no contestó. Se quedó mirándola fijamente. Marjorie extendió la mano, de modo que toda la palma entró en contacto con el pecho del *karateka...,* que notó un cálido estremecimiento. La pelirroja puso también la otra mano en el pecho de Glen, y se acercó más. Le miró a los ojos.

—Te late muy fuerte el corazón —se oyó apenas su voz.

Tampoco ahora contestó Glen. Ella sonrió tenuemente, deslizó sus manos hacia los hombros del atleta, y luego las juntó en su nuca. Se alzó sobre las puntas de los pies, y sus senos se aplastaron contra el pecho de Glen. Este bajó la mirada: el escote del vestidito era tan amplio que, al apretarse Marjorie contra él, prácticamente se le veían los senos en toda su bella forma... Glen subió sus manos, asió las muñecas de Marjorie, y le obligó a bajar los brazos.

—Oh, no —gimió ella.

Glen asió un tirantito con cada mano, y los deslizó por los hombros de seda, suavemente. Luego bajó la parte superior del vestido...

—Oh, sí —gimió Marjorie.

Le lanzó los brazos al cuello de nuevo, y su boca acudió en busca de la de Glen Barton, cuyas manos se clavaron en la desnuda espalda. Pura seda. Pero olvidó la espalda de Marjorie, cuando se dio cuenta de que, realmente, ella le estaba *besando.* Besando de verdad. Tenía la boca tan fragante y suave que el *karateka* notó un zumbido en los oídos...

La apartó bruscamente, y ella gimió de nuevo su protesta, y se quedó mirándolo con reproche.

—Ya está bien —jadeó Glen—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que esos tipos me acribillen por orden de tu amo?

—Oh, aún tardarán. Estaban esperando, con mucho interés, la camioneta, así que hasta tenemos tiempo de hacer el am...

—¡Estás loca! ¡Claro que no haremos eso en un momento como éste! ¿Qué hay de interesante en esa camioneta?

—No sé... Bueno...

—*¿Lo* sabes o no?

—Creo... creo que hay cosas peligrosas. Armas, y cosas así, me parece. Glen, no me desprecies... ¡No me desprecies!

—No te desprecio —palideció el *karateka.*

—Sí... Me llamas putita, y me desprecias por ser la amante de Wayne, por ser lo que hace tiempo soy, con uno o con otro...

—No —tragó saliva Glen—. No te desprecio, Marjorie.

—Entonces, ámame. Aquí, ahora.

—¡No! Es demasiado arriesgado... para los dos. Ve abajo y espérame allí.

—Oh, no, no, no...

Se apretó de nuevo contra él, desnudo el pecho de ambos, y su boca se hundió en la de Glen. Pero éste la apartó con cierta rudeza, le puso bien el vestido, y la empujó hacia la puerta.

—No me obligues a sacarte a golpes —gruñó—. ¡Largo de aquí, putita!

CAPÍTULO VI

—Bueno —bostezó Glen Barton—. Creo que me voy a dormir, si no le importa, señor Ronson.

Wayne Ronson lo miró sorprendido.

—Pero si sólo son las diez...

—Una hora de juerga para mí. Llevo tantos años levantándome de madrugada que a esta hora ya me muero de sueño, y en cuanto sale el sol ya me pongo a cacarear.

—¡Eso lo hacen las gallinas! —rió Ronson.

—Bueno, pues a *kikirear,* o lo que sea que haga el gallo... ¿Hay inconveniente en que me retire?

—No, no. Por mí puede...

—Oh, sólo una última vez, Barton —dijo Marjorie—. ¡Sólo una vez más! ¡Estoy segura de que ya me lo sé de memoria! Escúcheme por última vez, ¿quiere?

—Bueno —mascculló Glen.

Excepto Coventy y Esteban, que se hallaban en el exterior, cumpliendo su tumo de vigilancia, todos se hallaban reunidos en el salón. Habían cenado, habían tomado café, y ahora se consumía whisky en cantidades prudentes. En una mesa, Travis, Ogden, Dillman y Nullygan jugaban al póquer. En el sofá, Ronson estaba conversando con Carrizo y Gray, los dos hombres que habían llegado con la camioneta. Glen Barton y Marjorie, en sendos sillones, habían estado algo apartados, guiando el primero a la pelirroja en su aprendizaje del himno del *karateka,* en japonés, que la muchacha aseguraba saber ya de memoria.

Y parecía muy segura, cuando dejó a un lado el papel en el que Glen se lo había anotado y comentó:

—El himno se titula *Karate Do ni Daisu,* y dice así:

Kenkon no ibuki o haku ya, karate do
Hatia no sonoo ni hikari michimitsu
Toten no fugaku, seiun agaru
Yushin botsubotsu oka no gotoshi
Danji wa renma su jobu no tan
Fujoshi wa sonau goshin no waza
Tekketi wa shozen to shite seiki o hassu

Sempen-banka kobo no kan
Tokon hi o fuki tenchi o hiraku
Kozen tari, Nippon Karate-dol

Glen Barton, que contemplaba incrédulamente a la pelirroja, consiguió salir de su estupefacción, y exclamó:

— ¡Lo ha hecho! ¡Se lo ha aprendido de memoria! ¡En sólo una tarde!

— ¿De verdad lo he dicho bien? —palmoteo Marjorie—. ¿De verdad?

— ¡Mejor que la propia Shizue Sasagawa![1]

—Estupendo, querida —elogió, siempre amable, Wayne Ronson —. Barton, estoy pensando que ya que es usted tan madrugador podría hacer el último turno de vigilancia, con Travis.

—Muy bien —asintió Glen—. ¿A qué hora será?

—A las cinco —gruñó Travis, que había distraído su atención del póquer, como todos, para escuchar a Marjorie.

—Es una estupenda hora para levantarse —rió el *karateka*—. Bueno, hasta las cinco, entonces, Travis. Buenas noches a todos.

— ¿Iremos mañana a comprar los *karategi,* Barton? —preguntó Marjorie.

—Por mí no hay inconveniente. Puedo llegarme a Flagler...

—Oh, yo también quiero ir. ¡Iremos en mi descapotable! ¿Verdad que puedo ir, Wayne?

—Claro que sí, encanto.

Glen Barton asintió, saludó con la mano, y abandonó el salón. Segundos más tarde entraba en su habitación. No había nadie en el piso de arriba, estaba seguro de ello, pues el servicio de la casa dormía en la planta baja. Cerró la puerta, se acercó a la mesita de noche, despegó la radio, y fue con ella al cuarto de baño. Una vez allí, intentó la comunicación, puesto que ya tenía algo que decir: había llegado una camioneta cargada de *cosas peligrosas, armas y cosas así...*

Pero no conseguía la comunicación. Lo intentó una y otra vez, pero nadie respondía a sus llamadas. ¿Lo estaba haciendo mal? ¿No aceptaban comunicación durante la noche? ¿Se había estropeado la radio?

Todavía insistió varias veces más, pero siempre con el mismo resultado. Finalmente, no poco preocupado, decidió esperar a la mañana. Dedicó unos minutos a relajarse, a eliminar de sus nervios la tensión provocada por los fallidos intentos de comunicación, y luego se acostó.

Cuando abrió los ojos, estaba amaneciendo. Saltó de la cama, recurrió de nuevo a la radio, y obtuvo el mismo resultado: nada... ¿Les

habría ocurrido algo a Stella, o a *Uno, Dos* y *Tres*? Pensó en utilizar el teléfono para llamar a Daniel Carr, pero eso sí le pareció altamente peligroso, imprudente...

La llamada a la puerta sonó al mismo tiempo que, a través de la madera, llegaba la voz de Travis:

—Barton... ¡Barton!

Glen colocó la radio en su escondrijo, y fue hacia la puerta, que abrió. Travis lo miró con gesto malhumorado, y al verlo en calzoncillos frunció el ceño.

—Venga, hombre —farfulló—: tenemos que relevar a Ogden y Di liman.

—Estoy listo en un minuto.

No invirtió mucho más en vestirse, desde luego. Poco después salían de la casa, y caminaban hacia el garaje. El silencio era total, sedante. Glen miró hacia el sol naciente, que aparecía con rojos destellos por encima del mar.

—Hermoso día, ¿eh? —comentó.

—Vete a la mierda —gruñó Travis.

Glen se echó a reír. Llegaron al garaje, abrieron la puerta pequeña, y entraron. Todavía estaba la luz encendida dentro del garaje, pero al ver la luz del sol, Dillman la apagó, y él y Ogden se acercaron.

—Que os vaya bien —dijo Dillson.

— ¿Alguna novedad? —preguntó Travis.

— ¿Novedad? ¡Ojalá! Al menos habría servido para mantenernos despiertos. Tengo ganas de que termine todo este asunto.

— ¿Qué asunto? —preguntó Glen.

—Pues...

—Sí, hombre —gruñó Ogden—: ahora estaba pensando yo en ponerme a charlar, a las cinco de la jodida mañana. Venga, vámonos, Di liman.

—Sí. Hasta luego.

Travis se había apartado de la pequeña puerta practicada en la grande, y Di liman se dispuso a salir... Fue entonces cuando apareció Esteban, empuñando una pistola, con la que apuntó a Dillman, que quedó con un pie en el aire, mirando estupefacto a Esteban.

— ¿Qué pasa? —exclamó.

Travis, colocado tras él, sacó su pistola, y le golpeó en la parte posterior de la cabeza. Dillman emitió un gemido, y se desplomó hacia delante. Esteban lo empujó, y el no poco sorprendido Glen Barton se encontró con el cuerpo desvanecido de Dillman en los brazos...

—Deberíamos liquidarlo —murmuró Ogden.

—No —negó Travis—. Venga, Barton, busca algo para atar y amordazar a Dillman y déjalo por ahí. ¡Tenemos que largamos!

— ¿Largamos?—musitó Glen, que no entendía nada.

— ¿Qué te pasa; estás tonto por el madrugón? —masculló Esteban, guardando la pistola—. ¡Claro que tenemos que largarnos... con la camioneta! Ya tenemos lo que queríamos, lo que estábamos esperando. De modo que nos largamos, y que los demás vengan a hacer el resto. Nosotros ya nos hemos jugado bastante el pellejo.

—Oye, creo que no soy tonto, pero quizá esté equivocado y si lo soy... ¿De qué estáis hablando?

—Vamos, ya basta de tonterías —farfulló Travis, cuyo humor era pésimo—. Sabemos que eres de los nuestros, hombre. ¿Acaso no te han enviado los mismos que a nosotros, para reforzamos? ¡No me digas ahora, que todo ese cuento de correr por la playa y todo lo demás es verdad! No nos vengan con cuentos de ésos a nosotros, ¿eh? Veamos: ¿quién te ha enviado? ¿Galloway? ¿O quizá el jefe Stacey?

—De acuerdo —alzó las manos Glen, sonriendo—. Está bien, vamos a dejarnos de tonterías. ¿De veras hemos de llevamos ahora la camioneta?

— ¡No querrás que la dejemos aquí, ahora que ya han llegado! Los del FBI llevamos medio año detrás de Ronson, y ha llegado el momento de ajustarle las cuentas... ¡Pero no van a venir nuestros compañeros antes de que nos llevemos todo el arsenal que hay en la camioneta, digo yo!

—Claro. Bueno, pues larguémonos —asintió Glen.

Como suele decirse, su cabeza era una olla de grillos. ¿El FBI, ahora? A él le había enviado la CIA, ¿y ahora resultaba que el FBI tenía allí tres hombres? ¡Buen lío! Sólo que... no le gustaba en absoluto...

— ¿Qué esperas para atar y amordazar a Dillman?

Glen sonrió amistosamente... y al mismo tiempo disparaba su puño derecho en escalofriante *ura tsuki* que acertó de lleno en la sólida barbilla de Travis, que saltó hacia atrás como un pelele, privado instantáneamente de todos los sentidos.

A la derecha de Glen se oyeron las exclamaciones de Esteban y Odgen, y, con el rabillo del ojo, Glen vio cómo ambos hombres llevaban las manos hacia donde tenían sus armas... Giró velozmente hacia la derecha, alzando el codo, que fue a impactar en el centro del pecho de Ogden en fortísimo *ushiro hiji ate,* y que lo derribó, sentado primero, y de espaldas seguidamente, debido a la potencia del golpe.

Aún estaba resonando el alarido de Ogden y el chasquido de su cabeza contra el suelo cuando Glen giraba de nuevo, alejándose un poco de Esteban, y lanzaba su pie hacia atrás en velocísimo *ushiro fumikomi.* Esteban lanzó un berrido cuando el pie de Glen Barton se hundió en sus genitales, soltó la pistola que ya tenía en la mano y

cayó de bruces, pálido como un cadáver.

El *karateka* oyó el jadeo de Ogden, y se volvió hacia él... Ogden se había sentado, y estaba sacudiendo la cabeza. Dejó de hacerlo de pronto, su extraviada mirada consiguió centrarse en Glen, y, lanzando un gruñido, insistió en sacar su arma...

Glen dio un gracioso saltito hacia él, de modo que pareció que el pie izquierdo empujase al derecho, alzó éste, y lo disparó, plano, hacia el rostro de Ogden, en durísimo *mae geri.*

— *¡KOÉEEEEE...!*

Fue como un cañonazo. Ogden cayó de nuevo de espaldas, otra vez resonó su cabeza contra el suelo..., y ya no se movió.

Durante unos segundos, Glen Barton estuvo mirando de uno a otro, con el ceño fruncido. Luego procedió a apoderarse de todas las pistolas, incluida la de Dillman, y dio unos golpecitos en la cara de éste.

—Dillman... ¡Hey, Dillman!

Dillman todavía tardó unos segundos en abrir los ojos, que giraron descontrolados. Cuando pudo ver bien a Glen se quedó mirándolo con expresión estúpida. De pronto, se sentó de un salto, llevando la mano hacia donde había tenido la pistola.

—Tranquilo —sonrió Glen—. No la necesitas, por el momento. Yo he arreglado este asunto.

Dillman vio a Ogden, Travis y Esteban tendidos en el suelo, y volvió a mirar a Glen.

— ¿Qué demonios...? ¿Qué ha pasado aquí? —jadeó.

—Creo que deberías avisar al señor Ronson: cuando contrató a esos tres metió al FBI en su casa.

— ¿Quéeee...? —gritó Dillman.

—Lo que oyes. Me parece que creyeron que yo también era del FBI, que me habían enviado para ayudarles, y se disponían a largarse de aquí con la camioneta. Y no me preguntes más, porque no sé más. Lo que sí sé es que hay que avisar ahora mismo al señor Ronson, porque si el FBI está...

—Tranquilo, Barton —sonó la voz, en la puerta del garaje—. El señor Ronson ya está aquí.

Glen se volvió vivamente, y, en efecto, vio en la puerta a Ronson, que entraba tranquilamente, seguido de Nullygan y Coventy, ambos empuñando su pistola, con indiferencia. Glen se puso en pie, con expresión tan desconcertada que Ronson se echó a reír.

—Todo está bien, Barton —aseguró.

— ¡Pero...!

—Vamos, hombre, tiene que comprenderlo. Es cierto que a Travis, Esteban y Ogden los contraté hace una semana, pero son de toda confianza, naturalmente. Sé muy bien a quien contrato... Y

precisamente para estar seguro también con usted, hemos hecho esta pequeña prueba.

— ¿Prueba? ¿Quiere decir... que ellos no...? ¡Maldita sea! ¿Se da cuenta de que he podido matar de un golpe a uno de esos tres desgraciados?

—Se jugaron al póquer qué parte haría cada uno en el juego, así que tenían que aceptar los riesgos. Bueno, despertad a esos tres y volvamos a descansar un rato. Vosotros haréis este último turno, Coventy: los demás ya han jugado bastante.

Glen miró a Dillman, que ahora sonreía ceñudamente, mientras se palpaba el chichón en la parte posterior de la cabeza. Por fin, el *karateka* soltó un bufido.

— ¡El FBI! —gruñó—. ¡Menudo susto me han dado estos tres idiotas...!

—Más susto nos dio usted a todos, cuando apareció por la playa y empezó a complicar las cosas —murmuró Ronson—. Pensamos que habíamos sido descubiertos, y que su actuación era toda una maniobra para hacer contacto con nosotros, pese a todas mis precauciones.

—No comprendo... No comprendo nada.

—Ya no importa. Así como contraté a esos tres, digamos que... adquirí hace pocos días a Marjorie. La quería para dar a la casa un aire... frívolo, despreocupado. ¿Comprende, ahora?

—Sí, creo que sí. ¿Sólo hace una semana que conoce usted a Marjorie?

—No, no, hace más tiempo, pero hace sólo una semana que me decidí a proponerle que se viniese conmigo. Bueno, basta de charla. La cosa seguirá adelante... si es que no hay problemas por otro lado.

— ¿Qué lado?

—Digamos que estoy esperando hace días a unos socios... que ya deberían haber venido, porque... Ya basta. Despertad a ésos y cada cual a su puesto.

Siete u ocho minutos más tarde, Glen Barton entraba en su dormitorio, y se dejaba caer en la cama. Sentía todavía un cierto ramalazo de frío en la espalda. Si hubiese creído que Travis y los otros dos eran del FBI, ahora estaría muerto. Seguro. Nullygan y Coventy lo habrían acribillado. O quizá el propio Wayne Ronson...

¿Y la radio?

Saltó de la cama, fue a la puerta, y estuvo un par de minutos escuchando. No se oía nada. Volvió a la mesita de noche, y recurrió, otra vez, al pequeño aparato..., que seguía sin funcionar. Es decir, no conseguía el contacto, pero quizá no era debido a un fallo en su radio, sino a otra clase de dificultades... ¿Cuáles?

No poco preocupado, Glen Barton dejó de probar con la radio, y se

tendió en la cama, vestido. Cuando, poco después, se quedó dormido, ya había decidido lo que tenía que hacer. Y gracias a la idea de comprar unos cuantos *karategi* en la Flagler Street de Miami, sabía que podría hacerlo.

CAPÍTULO VII

—...Y uno para la señorita —terminó su pedido Glen Barton.

—Sí señor —asintió el empleado de la tienda de artículos deportivos, alejándose acto seguido hacia unas estanterías.

— ¡Qué ilusión! —exclamó la deliciosa Marjorie—. ¡Voy a ser una *karateka!*

Glen la miró de soslayo. Habían ido juntos en el descapotable que Ronson había regalado a la muchacha, y durante el trayecto desde la playa de Perrine hasta el centro de de Miami, Marjorie no había dejado de hablar. Pero, en contra de lo que le había ocurrido hasta entonces con las mujeres, eso no había fastidiado a Glen, sino que le había divertido... ¿Divertido? ¡Le había encantado! Pese a ello, estaba de un humor sombrío. ¿Motivos?: que era lógico que una chica que vivía de los hombres supiese contentar a éstos, distraerlos, caerles muy bien. Su compañía era deliciosa..., ¡maldita fuese su suerte! Encontraba una chica deliciosa, y resultaba que era una...

— ¿Qué te pasa? —oyó la voz de ella, en tono bajo—.
¿Estás enfadado por algo?

La miró.

—Vete al demonio —masculló.

— ¿Qué te pasa? —se sorprendió ella.

—Me pasa lo que me da la gana. ¿Está claro?

—Sí —sonrió Marjorie—. ¡Qué mal carácter tienes, Glen! Está bien, no te preguntaré más qué te pasa. ¿Podré llevar un cinturón rosa?

Glen Barton dio tal respingo que se atragantó. ¡Un cinturón rosa!

— ¡Claro que no! —pudo aullar, por fin.

— ¿Por qué no? ¡Es muy bonito! A mí me gusta más que el negro. ¡Es tan tétrico...!

—Llevarás cinturón blanco. ¡Y deja de decir tonteras!

— ¿Por qué es una tontería querer llevar un cinturón rosa?

—Escucha, llevo toda la mañana con tu voz pegada mis tímpanos, me los estás destrozando; ya te oigo hasta cuando estás callada. Así que, ¿por qué no te callas de verdad?

—Pero Glen...

El dependiente apareció cargado con unos cuantos *karategi,* y Glen los examinó rápidamente. Había cuatro. Tres eran de la tallada

adecuada para Esteban, Tratáis y Ogden. El cuarto era de la medida adecuada para Marjorie, sin duda alguna, pero Glen lo miró dubitativo. —Sería conveniente que te lo probases.

— ¡Oh, sí! Bueno, pero tú vas a ayudarme a ponérmelo, ¿no?

— El dependiente miraba interesado de uno a otro, Glen soltó un gruñido.

—Entraré en el probador cuando lo tengas puesto. Mientras tanto, esperaré por aquí. ¿Quiere acompañarla, por favor?

—Con mucho gusto —sonrió el dependiente.

Marjorie dirigió una mirada especulativa a Glen, pero se fue con el dependiente. Y en cuanto Glen la vio desaparecer en el probador, casi corrió hacia el teléfono. Cerca del aparato había otro empleado, al que Glen miró interrogante, señalando el teléfono.

— ¿Puedo?

—Naturalmente, señor.

Eran poco más de las once de la mañana, así que Daniel tenía que estar en su apartamento... ¡Tenía que estar!

—¿…?

— ¡Dan! ¿Está Stella?

—Bien; sí, que se ponga, claro. ¿Todo bien por ahí?

—De acuerdo... ¿Stella?

—Escúchame bien, dispongo sólo de unos pocos segundos...

—¿...?

— ¡Porque se ha estropeado, o vosotros no habéis querido contestar, o lo que demonios sea! Escucha, ayer llegó a la villa una camioneta con rótulo de una tintorería, pero —bajó la voz aún más—, sé que está llena de armas. Ronson está esperando unos socios que no acaban de llegar, pero todavía no sé qué se proponen...

—¿...?

— ¿Que cómo van las cosas en la villa? No te comprendo.

—¿…?

—Ah. Pues van muy bien. Ese Ronson sabe contratar a su gente... Bueno, al menos hasta que me contrató a mí. Los demás le obedecen como corderos; es el amo y señor. Incluso me tendieron una hábil trampa para probarme. Si yo fuese sólo un poco más tonto, ahora estaría muerto.

—¿...?

—Simularon ser del FBI tres de ellos, para ver qué hacía yo. Si en lugar de mencionar al FBI os hubiesen mencionado a vosotros, creo que hubiese picado como un desdichado... ¿Qué?

—Sí, sí. Te escucho atentamente. Dime. ¡Pero date prisa!

Las instrucciones de Stella Corbett duraron casi un minuto, durante el cual Cien Barton se fue poniendo más y más nervioso. Por fin, murmuró:

—Eso no me parece que...

—¡...!

—Está bien —se resignó, deprimido—. Está bien, lo paré.

Colgó el auricular, miró alrededor, y se dirigió rápidamente hacia los probadores. Cuando entró en el que había ocupado Marjorie, ésta terminaba de ponerse la chaqueta. Glen frunció el ceño.

—No debes quedarte sin nada debajo —masculló—. ¡No es obligatorio llevar sujetadores, pero sí un jersey! O algo así. ¿Comprendes?

— ¿Por qué?

—Porque de otro modo, según qué movimientos, se le verían los pechos.

—Pero a ti te gusta vérmelos... ¿O no? ¿No te gusta? Marjorie se apartó los lados de la blanca chaqueta gel equipo para *karate,* y Glen tragó saliva cuando de muevo vio los preciosos senos de la muchacha, turgentes, vibrantes...

* * *

—Barton ha entrado con ella en el probador —dijo Esteban, sentándose en el coche junto a Travis—. Pero Entes ha llamado por teléfono.

Sentado ante el volante del coche con el cual habían seguido a Marjorie y Glen, Travis frunció el ceño, y su mirada quedó fija en la fachada de la tienda de articulaos deportivos, de la que distaban algo más de cuarenta metros. Una seca sonrisa apareció en sus labios.

—Supongo que no sabes a quién ha llamado —murmuró.

—Estaba de espaldas a mí —encogió los hombros Esteban—, de modo que no he podido ver los movimientos de sus labios.

—Bien. De todos modos, parece que el muchacho está entrando en juego. Esperemos que haya llamado a quien nos interesa... Lástima. Resulta simpático, ¿verdad?

—A Marjorie sí le gusta —sonrió Esteban—. Si no fuese porque todos estamos haciendo nuestro juego, casi diría que de verdad está tonta por él.

—Es un chico atractivo —casi rió Travis—. Caramba, me gustaría saber qué están haciendo en el probador.

—Hombre, ¿qué han de hacer? No creo que Marjorie lleve el juego demasiado lejos, así que ella debe estar probándose el *karategi,* eso es todo...

* * *

Marjorie apartó, por fin, sus labios de los de Glen Barton, y

suspiró, todavía con los ojos cerrados, colgada del cuello del *karateka.*

—Qué bien besas... —murmuró luego.

—Pues imagínate si fuese un profesional...

Ella abrió los ojos, y miró los de Glen.

—Sigue —susurró—. Ibas a decir «un profesional como tú», ¿no es cierto?

Glen Barton retiró sus manos, dejando de acariciar las bellas y turgentes formas de la muchacha. Tomó el cinturón blanco, cerró la blanca chaqueta, y dio la doble vuelta a la estrecha cintura con el cinturón, que anudó enérgicamente.

—Creo que te sienta bien —murmuró.

— ¿No quieres nada más de mí? —murmuró también ella.

—No. Cámbiate. Te espero fuera.

Salió del probador, y, mientras esperaba a Marjorie, pagó el importe de los *karategi* con el dinero que le había entregado Wayne Ronson. Pensó en comprarse, entonces, un par de *slips,* pero no estaba precisamente, de buen humor.

Cuando Marjorie salió, el paquete con los tres *karategi* estaba ya preparado. Metieron en una bolsa el de la muchacha, y salieron de la tienda. Poco después, circulaban por Flagler hacia Biscayne Boulevard, por el cual se dirigieron hacia el Sur...

* * *

—Aunque se supone que vuelven a la villa —dijo Esteban—, será mejor que no pierdas el coche de vista.

—*Okay* —asintió Travis.

Al principio todo fue bien, normal. Salieron de Miami por Biscayne Boulevard, llegaron a South Miami, la enrizaron... Luego, el deportivo de Marjorie abandonó la cómoda ruta de la Nacional 1 al llegar al cruce con Kendall...

— ¿Qué demonios hacen? —se sorprendió Esteban.

—Quizá prefieren ir por alguna ruta de la playa I—encogió los hombros Travis.

— ¡Qué tontería...! Es mucho más cómodo y rápido ir por...

—Quizá ellos no quieran ir con rapidez —sonrió Travis—. Ya sabes que a Marjorie le gusta el muchacho.

—Eee... Oh, bueno... ¡Vaya, demonios, de acuerdo! — Esteban se echó a reír—. Me parece bien: en esta puerca vida nuestra, nadie podrá censurar a Marjorie que aproveche cualquier buen momento que se le presente, supongo. Y además, como es natural, aprovechará para tirarle de la lengua.

—Sin duda.

Minutos más tarde, Travis conducía por residenciales avenidas prácticamente solitarias. Entre ellas y la playa había bastante

distancia, todavía. Por delante de ellos, el descapotable rodaba lentamente. No, no parecían tener prisa en llegar a la villa...

—Me parece que quieren adelantarnos —avisó Esteban, mirando por el retrovisor lateral derecho. —*Okay* —asintió Travis, echando un vistazo al retrovisor de su lado.

En efecto, un «Dodge» de color granate se iba acercando por detrás rápidamente. Travis se puso bien a la derecha, siempre fija la mirada en el descapotable que les precedía... Cuando oyó la exclamación de su compañero, lo miró, y lo vio demudado, y llevando la mane derecha a la axila izquierda, fijos sus desorbitados ojos, detrás de él, en el vehículo que debía estar adelantándolos...

Travis giró la cabeza, sobresaltado, y sólo tuvo tiempo de ver al hombre que asomaba por la ventanilla derecha, y en cuya mano había una pistola provista de silenciador, que estaba a menos de dos palmos de su cabeza.

El movimiento instintivo de Travis fue inevitable. En el mismo momento en que sonaba el chasquido del disparo, él bajaba la cabeza y daba un fuerte giro del volante hacia su derecha...

* * *

Por el retrovisor Marjorie vio cómo el coche que iba tras el suyo hacía, de pronto, un extraño movimiento hacia la derecha, subía a la solitaria acera adornada con palmeras, resbalaba de costado contra una de éstas, oscilaba, se enderezaba bruscamente, y entonces daba una vuelta lateral completa, como un tronco rodando, e iba a estrellarse contra otra palmera. Inmediatamente, un humo negro comenzó a brotar del coche accidentado..., mientras el otro coche parecía salir disparado hacia su descapotable.

El frenazo de Marjorie fue tan fuerte, que Glen Barton estuvo a punto de salir disparado por encima del cristal parabrisas. Abrió la boca, agrió el gesto, pero entonces vio la intensísima palidez del rostro de la muchacha, que tenía la mirada fija en el retrovisor. La mano derecha de Marjorie buscó su bolso, que llevaba entre los dos asientos, lo encontró, lo colocó sobre su regazo. Luego se introdujo dentro, y los finos deditos aparecieron, sujetando firmemente una pistola.

— ¿Qué haces? —exclamó Glen—. ¡Deja eso!

Los verdes ojos se volvieron hacia él, lanzando destellos de furia. La mano armada se alzó, descargó el golpe con la pistola... Glen alzó el brazo izquierdo, paró el golpe con su antebrazo contra el de la muchacha, y con la mano derecha le quitó la pistola de un seco tirón.

En aquel momento, el «Dodge» frenaba bruscamente junto al descapotable, y *Uno* saltaba hacia éste, todavía con la pistola con

silenciador en su mano derecha.

— ¡De prisa! —ordenó—. ¡Los dos al coche! ¡Vamos, \ Barton!

Glen miró, un instante, hacia el otro coche, del cual había salido un hombre que se tambaleaba...

— ¡Vamos! —gritó *Uno*—. ¡De prisa!

Abrió la portezuela izquierda, asió a Marjorie por una muñeca y tiró de ella, con tal fuerza, que prácticamente la metió con sólo aquel gesto dentro del «Dodge», por la puerta trasera derecha, que *Dos* había abierto. Glen Barton entró, también, en el «Dodge», detrás de Marjorie, y *Uno* volvió al asiento delantero, junto a *Tres.*

— ¡Vámonos!

Los neumáticos del «Dodge» arrancaron chispas del suelo. En un instante, la escena del coche accidentado y del hombre tambaleante, quedó atrás. *Uno* miró a Glen, volviéndose en el asiento.

—Deme la pistola de la chica... ¿No se había dado cuenta de que los seguían?

—No... No.

—Pues así era. Apuesto a que le vieron telefonear fe Stella, y lo habría pasado muy mal si hubiese regresado a la villa con Ronson.

Glen Barton asintió, aunque todavía aturdido. De pronto, miró la pistola de Marjorie, que aún tenía en la mano. Luego, miró a la muchacha, que estaba demudada. Por fin, en silencio, entregó la pistola a *Uno,* que la guardó en un bolsillo interior.

—De todos modos, tenga cuidado con ella —dijo *Uno*—: puede estar seguro de que es mucho más peligrosa de lo que parece. ¿Verdad, señorita... señorita...?

—Marjorie —lo miró fríamente ésta—. Marjorie Evans.

—Pues bien, señorita Evans, mala suerte para usted. De todos modos, quizá no lo pase tan mal... ¿Le gusta navegar?

—Sí.

— ¡Pues está de enhorabuena! —rió *Uno*—. Precisamente, vamos a dar un encantador paseo en yate.

Marjorie se limitó a mirar de reojo a Glen, que miraba de uno a otra. Se hizo el silencio dentro del «Dodge». Poco después. *Tres* desviaba el coche, acercándolo a la playa. Ya muy cerca de ésta, frenó, el motor, y se apeó. Se alejó unos pasos hacia la playa, y regresó a toda prisa.

— ¡Ahí está la lancha! —exclamó.

—Pues vamos todos para allá. Deja el coche bien cerrado.

Glen Barton, Marjorie, *Uno* y *Dos* se apearon del coche, y caminaron hacia la playa. *Tres* los alcanzó cuando ya estaban pisando la arena... En ésta, varada en el límite de las olas, había una lancha blanca y azul, y junto a ella dos hombres, que comenzaron a empujarla, deslizándola por la arena hacia el agua. Casi lo habían

logrado cuando llegaron los demás. Esperaron a que abordaran la lancha, terminaron de empujarla al agua, y la abordaron a su vez, mojándose de rodillas para abajo. Uno de aquellos hombres puso en marcha los motores gemelos, y segundos después navegaban velozmente mar adentro.

Tan sólo dos minutos más tarde vieron el blanco yate.

Y otros tres minutos después, todos estaban a bordo de dicho yate, cuyo nombre era *Sweet Snow.*

CAPÍTULO VIII

—Vamos abajo —dijo *Uno*—: Palermo nos está esperando.

— ¿Quién es Palermo? —murmuró Glen.

—Héctor Palermo —lo miró fríamente Marjorie—. ¡No me digas que no sabes eso!

— ¡Silencio...! —ordenó *Uno,* sonriendo—: hablarás cuando te preguntemos, preciosa. ¡Y vaya si tendrás que hablar, entonces!

Fue el primero en dirigirse hacia el interior del yate. A una seña de *Tres,* Glen y Marjorie lo siguieron. Descendieron la corta escalerilla de pulidos peldaños de madera, y se encontraron en el saloncito del yate, donde había tres hombres, que, evidentemente, ya les habían oído, les esperaban. Dos de ellos, altos y fuertes, de rostros hostiles, duros, empuñaban sendas pistolas. El otro no mostraba arma alguna, y era el único que estaba sentado.

Glen Barton comprendió en el acto que aquél debía ser el tal Héctor Palermo, y que era la autoridad indiscutible del grupo. Pero, ciertamente, no daba la imagen que podía esperarse en el jefe de un grupo de agentes de la CIA. Era muy gordo, moreno, de largos cabellos que le caían en rizos parecidos a tirabuzones por los lados. Ojos negrísimos, boca delgada y grande, cruel. Vestía un llamativo batín de seda, y en sus gordezuelos dedos sostenía un aromático habano.

—Este es el *karateka,* Héctor —dijo *Uno.*

Palermo asintió, y desvió su mirada hacia Marjorie, que le contemplaba, a su vez, con frío interés.

— ¿Y ella?

—Se llama Marjorie Evans, o al menos eso ha dicho ella misma... Es la chica que Ronson colocó en la playa.

—Pero es de la CIA también, ¿no? —alzó las cejas, Héctor Palermo.

—Evidentemente.

Glen Barton sintió de pronto, como un enorme nudo en la garganta. Tuvo que hacer un esfuerzo para tragarlo, antes de musitar:

— ¿Cómo, de la CIA...? ¿Quieren decir... que Marjorie trabaja con ustedes?

—No es muy listo —rió *Uno*—, pero tiene agallas Estoy seguro de que después que la muchacha nos haya aclarado la situación, Barton

nos servirá muy bien para terminar el asunto.

—Pero..., ¿de qué está usted hablando? —lo miró Glen—. ¡Todos hablan de cosas que no entiendo!

—Quien no te entiende a ti, ahora, soy yo —lo miró desconcertada Marjorie—. ¿Qué es lo que te sorprende?

— ¿Tú eres de la CIA? —preguntó a, su vez, Glen.

—Claro que es de la CIA —dijo *Uno,* riendo.

—Pero entonces... ¡es amiga de ustedes!

—Creo —intervino reposadamente Palermo— que deberíais aclararle la situación al muchacho. No podemos enviarlo a la villa de Wayne Ronson sin que sepa lo que está haciendo.

—Sí, será mejor —asintió *Uno*—. Bueno, Barton, sucede que nosotros no somos de la CIA, sino... todo lo contrario.

— ¿Todo... lo contrario?

—Sí. Ella —señaló a Marjorie— es de la CIA.

—No... No, no. Ella es... una putita privada que Ronson se agenció para...

—No, hombre. Nada de puta. La señorita Evans puede ser muchas cosas, pero no ésa. Incluso puede ser una damita entrenada para asesinar si es necesario, pero de puta, nada. ¿Verdad, señorita Evans?

—No. Es Glen quien tiene razón. Soy la amante de Wayne...

—Vamos, déjese de tonterías, o lo va a pasar mucho peor de lo que tenemos pensado —gruñó *Uno*—. Ese cerdo de Wayne Ronson nos ha traicionado a nosotros haciendo un trato con la CIA, y toda la villa no es más que una trampa para cazarnos a todos. Y usted, naturalmente, es uno de los cebos de esa trampa.

—No.

—Señorita Evans, le voy a...

— ¿Por qué no me explican las cosas a mí, de modo que sepa lo que estamos hablando? —gruñó Glen—. Tengo la impresión de estar escuchando gente que habla en chino. ¿Quién es de la CIA y quién no es de la C \?

—Nosotros *NO somos* de la CIA —dijo *Uno*—. Y la situación es la siguiente... Wayne Ronson es... o era, mejor dicho, nuestro punto fuerte en Estados Unidos, el coordinador de nuestros grupos, el que nos conseguía armas, el que nos proporcionaba refugio y ayuda cuando las cosas iban mal. Hasta hace poco, lo estuvo haciendo muy bien, así que cuando nos decidimos a dar el último paso para instalarnos en Estados Unidos, contamos con él. Convinimos que llegaríamos todos a su villa de Miami, donde permaneceríamos hasta que nos distribuyésemos por todo el territorio de Estados Unidos...

— ¿Ustedes se iban a distribuir Estados Unidos? —se pasmó Glen Barton.

—Sí: en zonas. Wayne Ronson nos estaba esperando no sólo a Palermo, a mí, a *Dos* y a *Tres,* sino a otros jefes de grupo que en estos momentos están escondidos a la espera de que se arregle la situación; de que tomemos una decisión definitiva. Somos una docena de hombres los que íbamos a repartimos, por zonas a Estados Unidos. Cada grupo, una zona determinada. Pero, está claro que la CIA trabajó bien, localizó a Wayne Ronson, y le metió mano. Lo trincó. ¿Lo entiende?

—Sí, sí.

—Estupendo. Bueno, la CIA cazó a Ronson, y ya no dudamos de que llegaron a un acuerdo con él: simularían que no había ocurrido nada, y, de este modo, todos nosotros, los jefes de grupo, iríamos a la villa, conforme a lo convenido. Entonces, la CIA nos trincaría a todos. Esto también es fácil de comprender, ¿verdad, Barton?

—Sí.

—Pero nosotros teníamos nuestro sistema de seguridad avanzado, y nos dimos cuenta de que algo ocurría. No es que desconfiásemos de Ronson, no. Era pura rutina. La gente que se dedica a nuestro trabajo tiene que ir con mucho cuidado...

— ¿Qué trabajo?

—Terrorismo —explicó, suavemente, Héctor Palermo—. Constituimos una organización de terrorismo que trabaja para quien mejor nos paga, amigo Barton.

El *budoka* estaba lívido. Miró a Palermo.

— ¿Quiere decir que alguien ha planeado instalar en los Estados Unidos una organización con doce grupos de terroristas?

—Efectivamente. Doce grupos bien entrenados y armados, que actuarían simultáneamente en todo el país, provocando enfrentamientos, cometiendo asesinatos, alterando el orden público, llevando a cabo sabotajes de importancia...

— ¿Para qué? —casi gritó Glen—. ¿Quién les paga por hacer eso, en mi país?

—No sabemos para qué..., ni queremos saber quién nos paga. Nosotros hicimos contacto con ciertas personas que nos estaban buscando, estudiamos la oferta, la aceptamos, cobramos una parte por adelantado, y lo dispusimos todo para comenzar a trabajar. Debíamos reunirnos todos en la villa de Ronson, hacer los planes de coordinación, y luego ir cada uno a ocupar la jefatura de su zona. Pero, como le ha dicho mi amigo, tenemos nuestro sistema avanzado de seguridad, por si las moscas, ¿comprende?, así que nos dimos cuenta de que algo raro estaba pasando en la villa de Ronson. Y estábamos vigilando cuando apareció usted en la playa privada.

—Sí —sonrió *Uno*—. Fue divertido lo que ocurrió. Nos llamó la atención, Barton. Bueno, el resto ya lo sabe: lo contratamos para que

ayudase a la CIA, pulsando sus resortes patrióticos.

—Pero ustedes... no son la CIA. Son terroristas. ¿Es así?

—Es así exactamente. Los de la CIA son los que están en la villa de Ronson, que es un cerdo traidor que nos ha vendido a cambio de su libertad, su vida, o dinero, no lo sabemos. Ronson está simulando que todo va bien, para que todos nosotros, los jefes de los doce grupos, vayamos a la villa y caigamos en la trampa de la CIA. De todos modos, para asegurarnos más, le enviamos a usted, a ver qué averiguaba. Esto fue un tanto ingenuo por nuestra parte, pues sin duda la CIA ha estado jugando con usted: todo lo que usted haya sabido ha sido porque así lo quería la CIA, que le ha utilizado para que crea que allá sólo está un tipo de cuidado llamado Ronson, con guardaespaldas y gente así, con armas quizá, y que esperan a unos amigos. De este modo, usted nos diría a nosotros que todo estaba bien en la vida, y nosotros acudiríamos al matadero.

—No puede ser así... No.

—Le aseguro que sí. No sé qué habrá estado haciendo exactamente la CIA, con usted, en la villa, pero tenga la seguridad de que todo, absolutamente todo, ha estado encaminado a que usted obtuviese una información tranquilizadora para nosotros. Le habrán convencido de que confían en usted, para que usted se lo crea todo. ¿No es cierto que usted nos habría dicho que todo «estaba bien en la villa, que había armas, que Ronson está esperando a unos amigos?

—Eso es lo que ellos querían... Porque, naturalmente, usted no los ha engañado ni un segundo. Sabían que le enviábamos nosotros, y han jugado con usted.

—Ustedes también han jugado conmigo —murmuró Glen.

— ¡En efecto! —rió *Uno.*

—Sólo que resulta que los que yo creía agentes de la CIA son los criminales y los que yo creía que eran criminales, son agentes de la CIA.

—Bueno... Un poco duramente expresado, pero así es.

—Si no he entendido mal, ustedes sabían que los de la villa jugarían conmigo, que me dirían lo que a ellos les interesaba que yo creyese. Entonces, ¿qué utilidad tenía yo para ustedes, si sólo diría lo que les j| convenía a otras personas?

—Proporcionarnos una presa que pudiese informarnos de la verdad absoluta —dijo *Uno,* señalando a Marjorie.

—Ustedes no podían saber que yo saldría con Marjorie...

— ¡Oh, sí! Lo sabíamos. Usted recibió una radio que habíamos estropeado deliberadamente. De modo que tendría que arreglárselas para ponerse en contacto con nosotros. Desde luego, no le creíamos tan estúpido como para utilizar el teléfono de la villa, así que debía salir de ésta. Y claro está, la CIA estaba encantada(con la posibilidad

de que usted se comunicase con nosotros a fin de que nos dijese que todo estaba bien en la villa, así que le dio toda clase de facilidades; quizá pensaron que usted no había cometido la imprudencia de llevar radio, así que lo dejaron salir con la chica. Pero, además, por si podían averiguar algo por sí mismos, le pusieron, detrás, un coche con dos hombres. Y esto era en definitiva lo que nosotros queríamos, para eso nos ha servido realmente usted; para que atrapásemos a alguien que nos dirá la *VERDAD.* Y entre cazar a dos agentes de la CIA vivos, o cazar a una linda jovencita, hemos preferido a ésta. De modo que ahora la señorita Evans nos dirá la verdad. ¿No es cierto, señorita Evans? ¿Verdad que la villa de Ronson es una trampa de la CIA?

—Ni siquiera sé de qué hablan ustedes —replicó la pelirroja—. Yo sólo soy la amiguita de Wayne Ronson.

—Ya. O sea, que todo va bien en la villa, y nosotros, los jefes de los doce grupos de terroristas, podemos ir tranquilamente allá. ¿No es eso?

—Ustedes sabrán.

—Desde luego que lo sabremos..., porque usted nos lo dirá. ¿Prefiere hacerlo por las buenas, o quizá desea que le arranquemos los ojos, para empezar...?

Glen Barton se colocó delante de Marjorie, y cerró los puños.

—Al que se acerque...

—Vamos, Barton —rió *Uno*—. ¿Qué le ocurre? ¿Quiere que lo acribillemos? Mire a su alrededor, hombre. ¿De verdad cree que puede ser tan eficaz y rápido que pueda vencer a cuatro hombres que le están apuntando con sus pistolas? ¿De verdad lo cree?

—Le partiré la cabeza al que se acerque a Marjorie —jadeó el *karateka.*

—Su actitud es admirable... y absurda. Además, ¿tanto le gusta la señorita Evans? Vaya —sonrió—. ¿Qué pasa, entonces, con nuestra bella Stella? ¿Ya no le gusta? Me sorprende, porque además de ser una eficacísima jefe de grupo es muy bonita. ¿O no?

Glen Barton palideció aún más. ¡Stella Corbett...! La había olvidado momentáneamente. Pero tuvo que recordarla..., y tuvo que recordar que la rubia que le había engañado estaba, ahora, con Daniel Carr, su amigo y compañero de tantas fatigas... ¿Qué haría ella con Dan? Sólo cabía una respuesta: Dan sabía demasiado los conocía a ellos... ¿Qué haría con Dan..., sino .matarlo?

— ¿Le preocupa algo? —le miró con sonriente burla, *Uno.*

Glen no contestó. Sus puños se abrieron, su gesto se relajó; su aspecto abatido fue evidente. *Uno* asintió con la cabeza, y miró de nuevo a Marjorie Evans.

—Bien, señorita Evans, espero de su inteligencia que sepa aceptar

la situación. Como espía profesional debe saber muy bien que acabaría diciéndonos todo lo que queremos saber. ¿No es mejor que lo haga antes de quedar ciega, o manca, o lisiada de cualquier otra manera? Y no ganaría nada con ello; sólo sufrimiento... Vamos, sea razonable: todo lo que tiene que hacer es decir sí o no. ¿Es o no es cierto que ese puerco de Wayne Ronson quiere salvarse solo y, para ello, ha hecho un trato con la CIA de modo que la villa es una trampa? ¿Sí o no?

—Sí —murmuró Marjorie.

— ¡Bien! Así pues, también queda claro que usted, en efecto, es de la CIA. ¿Sí o no?

—Sí —apenas se oyó la voz de la pelirroja.

—De acuerdo. Ahora que la cosa está clara, haremos un trato con el señor Barton, nuestro... belicoso *karateka.*

—No haré ningún trato más con ustedes —dijo Glen, seco.

—Yo creo que sí lo hará —sonrió una vez más *Uno*—. Veamos, señor Barton: a mí me ha parecido interpretar que siente usted algo por la señorita Evans. ¿Cierto? Pero aún hay más: tenemos a su amigo Carr. Y, sobre todo, no lo olvide: somos terroristas. Así que le expondré claramente la situación: si usted no hace lo que voy a pedirle, nosotros le cortaremos el cuello a la señorita Evans, mataremos a balazos a Daniel Carr, y, para... rematar un hermoso trabajo, esta misma tarde colocaremos un par de bombas en la *Karate Carr* cuando esté llena de esos simpáticos y deportistas alumnos de su amigo. ¿Me he explicado bien, señor Barton?

Glen miró a Marjorie, que estaba tan pálida como él. Luego volvió a mirar a *Uno.*

— ¿Qué más quiere de mí? —preguntó, con voz crispada.

—Quiero que vaya a la villa, le corte la cabeza a Ronson, y nos la traiga.

—¡¿Quéeee...?! —respingó el *budoka.*

—Ya lo ha oído —intervino nuevamente Héctor Palermo, expeliendo el humo de su aromático habano—. Usted debe ser un hombre de recursos, señor Barton. En cuanto a Ronson, no es más que un miserable criminal: le hará un bien a la Humanidad cortándole la cabeza..., y a nosotros nos satisfará mucho haber dado una lección a Ronson, a la CIA, y además nos servirá de prestigio para conseguir nuevos trabajos.

— ¿Trabajos de terrorismo?

— ¡Naturalmente!

—Ustedes son tan criminales como Wayne Ronson.

—Ah, por supuesto... Y será mejor que no olvide usted eso. Quiero decir que no vacilaremos en llevar a cabo nuestras amenazas si usted no nos obedece.

— ¿Qué pasará después de que yo haga eso?

—Pues pasará que si nadie nos molesta, iremos a recoger a los demás jefes de grupo que están esperando en... en un sitio, y nos iremos de Estados Unidos... por el momento. Pero si alguien nos molesta a nosotros, a los del yate, nuestras represalias serán terribles, ya se lo hemos advertido. Así pues, olvide su «astuto» plan de decirles a los de la CIA lo que pasa para que vengan a por nosotros, y limítese a cumplir su parte. Es un buen consejo. Y no olvide en ningún momento que si algo nos pasa a nosotros, quedan más jefes de grupo esperando el momento de vengamos. ¿Está claro, señor Barton?

—Sí.

—Pues no queda nada más por decir: vaya a buscar la cabeza de Wayne Ronson.

—Está bien. Marjorie y yo nos iremos a...

—Vamos, vamos... La señorita Evans se queda aquí, hombre. No insulte más nuestras inteligencias. Uno de mis hombres le llevará con la lancha cerca de la villa, y le recogerá para traerlo de nuevo aquí con la cabeza de Wayne Ronson. Nada de trucos: queremos su cabeza. No su cuerpo; sólo su cabeza. Será suficiente. Hasta luego, señor Barton.

Glen Barton se volvió a mirar fijamente a Marjorie Evans. No necesitaba hacerlo, puesto que, desde que la había conocido, su imagen había estado siempre presente en su mente. Y ahora que sabía que ni él ni ella escaparían de la muerte si seguían a merced de aquella gente, acabó por admitir la realidad: se había enamorado de la pelirroja de la playa privada. Y ni siquiera le había importado estar convencido de que no era más que una... putita privada. O no tan privada. El saber que no era así no cambiaba nada. Putita o no putita, se había enamorado de Marjorie Evans. Pero..., ¿qué había recibido a cambio? Pues, mentiras. Tanto de Marjorie, como de Stella, como de *Uno,* como de Ronson..., de todos, absolutamente de todos había recibido solamente mentiras. Todos le habían mentido. De campeón del mundo... a campeón de los tontos.

Muy bien.

Sin decir nada, Glen Barton dio de pronto media vuelta, y se dirigió hacia la pequeña escalinata de madera pulida. Cuando ya estuvo fuera de la salita, Héctor Palermo miró a *Uno,* y dijo:

—Sube a decirle a Hellman que lo lleve a la playa de la villa o cerca y que lo espere de vuelta con la cabeza de Ronson. Cuando tenga la cabeza de Ronson, que mate a Barton y vuelva aquí.

Marjorie Evans palideció de nuevo, y acto seguido abrió la boca, dispuesta a gritar, a avisar al *karateka,* pero uno de los hombres que la apuntaban con sus armas se adelantó y la golpeó con la pistola en la cabeza. Marjorie Evans se desplomó sin sentido.

Y Uno sonrió todavía otra vez más:
—Iré a darle las instrucciones a Hellman.

CAPÍTULO IX

Cuando Glen Barton terminó su explicación, los tres auténticos agentes de la CIA estaban pálidos. Carrizo, Ogden y Gray no estaban en la villa, pues habían acudido al hospital al cual habían sido llevados Esteban y Travis, éste herido de bala en parte superior de la cabeza, el otro malherido y con quemaduras leves debido al accidente automovilístico en sí. Cuando el coche, finalmente, quedó envuelto en llamas, Esteban ya había sacado a Travis, pero ambos habían tenido que ser hospitalizados.

Ahora, en la villa, sólo quedaban Nullygan, Dillman y Coventy, el primero de los cuales seguía ostentando el mando, pero ya sin disimulos pese a la presencia del no menos pálido Wayne Ronson. Ya no hacía falta hacer teatro: cada cual hacía su papel real. Esto es, agentes de la CIA que tenían controlado a Ronson en su propia villa, y con el cual habían hecho un trato que implicaba la traición de éste hacia sus amigos de la organización terrorista internacional a gran escala.

El silencio, finalmente, fue roto por Nullygan:

—Bien, toda la comedia no ha servido de gran cosa, hemos de admitirlo. Y todo, señor Barton, porque a usted se le ocurrió meter sus pies en una playa privada.

— ¡Esta es buena! —exclamó Glen, iracundo—. ¿Va a culparme «a mí» de lo que está ocurriendo? Por si no lo ha entendido bien, todo lo que yo hice fue aceptar jugarme la vida en una maniobra de personas que me dijeron ser de la CIA y me hablaron de patriotismo.

—El tiene razón —gruñó Dillman—. Es quien menos culpa tiene de todo esto, naturalmente..., y el que está pasándolo peor.

—No peor que Marjorie —replicó vivamente Glen.

Los agentes de la CIA cambiaron una rápida mirada entre sí. Luego, Nullygan asintió.

—Realmente, la situación de Marjorie no es buena. Sin embargo, ella sabía muy bien a lo que se exponía cuando ingresó en la casa.

— ¿Qué quiere decir? —casi gritó Glen.

—Que lo sentimos por ella.

— *¿Qué quiere decir?*

—Mire, señor Barton, esa organización lleva años dando muchos disgustos a casi todos los gobiernos americanos, tanto del Norte como

del Centro y del Sur. Ignoramos para quién trabajan; es decir, lo ignorábamos, pero según nos dice usted no trabajan para nadie determinado. De acuerdo. Eso es peligrosísimo. Cuando una organización está siempre bajo un control determinado, se pueden... adivinar algunas de sus acciones y prevenirlas. No es éste el caso. Y eso significa que tenemos que terminar con ella. ¿Lo comprende?

—No —jadeó Glen—. ¡No!

—Lo lamento. Por supuesto, utilizaremos la radio para pedir instrucciones a la Central, pero me temo que puedo adivinarlas.

—Eso significa... que ustedes atacarán, caiga quien caiga.

—Lo siento. Queremos a ese Héctor Palermo, y a los que están en el yate, y a la chica rubia, y a los demás. ¡No podemos dejar escapar una presa tan importante y que tenemos tan al alcance de la mano! ¡Usted tiene que entender esto!

— ¿Entienden ustedes que matarán a Marjorie? ¿Y a mi amigo Daniel Carr? ¿Y que si su acción directa fracasa ellos se vengarán llevando a cabo una acción de terrorismo, no sólo contra la *Karate Carr,* sino... cualquiera sabe contra quién y cómo? ¿Entienden esto ustedes, Nullygan?

—Lo entendemos perfectamente. Pero las decisiones las toman en la Central. Además, podemos hacer las cosas de modo que salvemos a su amigo Carr.

—Ya. ¿Y Marjorie?

— ¡Váyase al infierno! —explotó de pronto Nullygan—. ¿Acaso cree usted que a nosotros no nos importa ella? Pero tenemos que hacer lo que nos ordenen... ¡Y ella lo sabe, y lo ha sabido en todo momento! La situación sería la misma si fuese yo quien estuviese en ese maldito yate que el diablo se lleve... ¿Cuál ha dicho que es su nombre?

—Aún no lo he dicho —susurró Glen—. El nombre del yate es *Dark Shark.*

—*Oscuro Tiburón* —mascull Dillman—. ¡Vaya nombre para un yate! ¿Tiene alguna característica peculiar?

—Sí —asintió Glen—. Lleva una franja oscura a la altura de la línea de flotación; y a proa, tanto a babor como a estribor, lleva un tiburón negro pintado.

—Qué barbaridad —gruñó Coventy—. Si lo que desean es llamar la atención, no cabe duda de que deben conseguirlo. Pero no nos sorprende demasiado; a veces, es cuando menos se fijan en uno. ¿Llamo ya a la Central, Nullygan?

—Sí. Cuanto antes, mejor.

— ¿Puedo ir con él? —murmuró Glen—. Quisiera hablar personalmente con los jefes de ustedes.

Los tres agentes de la CIA se quedaron mirándolo poco menos

que conmiserativamente. Por fin, Nullygan encogió los hombros.

—Puede hacerlo, pero pierde el tiempo. Vaya con Coventy.

—Gracias.

Salieron del salón de la villa, y fueron a uno de los dormitorios de la planta baja, destinados a los criados de la casa, de los cuales sólo uno era originario. . Entraron en uno de los dormitorios, y Coventy fue directo a la cama, la desplazó, y dejó al descubierto la emisora. Se sentó frente a ella, y se dispuso a mirar a Glen para decirle que se sentase a su lado.

La cabeza de Coventy retumbó debido al tremendo *shuto* que aplicó Glen Barton con la mano derecha. Coventy sintió como un estallido acompañado de luces, que se apagaron en seguida. Eso fue todo. Cayó de lado, sin sentido, y Glen se apresuró a arrodillarse junto a él. Le quitó la pistola, que guardó en un bolsillo y acto seguido salió del dormitorio, tranquilamente, despacio.

Cuando reapareció en el salón, Ronson, Nullygan y Dillman lo miraron interrogantes, sorprendidos.

— ¿Ya ha hablado usted con la Central? —exclamó Nullygan.

—No, no. Coventy dice que pasa algo en la radio, y que necesita a Dillman para que le ayude a no sé qué.

—Ah, bien —se puso en pie Dillman—. Vamos allá.

Fueron allá. Y apenas Dillman había puesto los pies en el cuarto, y cuando todavía no había visto a su compañero caído en el suelo, recibió en plena nuca el *tegatana ate,* que lo fulminó de bruces sobre la cama, apartada de su sitio habitual. Pareció, debido al rebote, que Dillman fuese a ponerse en pie, pero no fue así, y Glen, que de nuevo había preparado su mano para golpear con el borde, la bajó. Le quitó también la pistola a Dillman, y se la guardó en otro bolsillo. No. Coventy podía darse cuenta. Decidió esconder ambas armas en un lugar donde a los desvanecidos espías no se les ocurriría mirar si despertaban antes de lo que a él le convenía: debajo del colchón. Y desde luego, sin armas, ninguno de los agentes de la CIA le preocupaba lo más mínimo.

Esperó un par de minutos, que dedicó a atar y amordazar a Dillman y Coventy, utilizando sus corbatas, y tiras de sábanas. Sabía que podrían desatarse el uno al otro, pero necesitarían tiempo. Tiempo. Un tiempo que él necesitaba ahora.

Tras contemplar su obra, Glen Barton salió del cuarto, cuya puerta cerró. Regresó de nuevo al salón. Nullygan y Ronson estaban conversando, demudado el segundo, que decía en aquel momento:

— ¡Pero yo no tengo la culpa de que su plan no haya funcionado!

—Tampoco nosotros, Ronson.

— ¡Hicimos un trato! —aulló Wayne Ronson.

Nullygan iba a replicar, pero oyó a Glen, y volvió la cabeza hacia

él.

—Ah, Barton... ¿Funciona ya la radio?

—Lo siento, amigo —sonrió fríamente Glen.

— ¿Qué dic...?

¡Crack!, crujió la mandíbula de Nullygan bajo el impacto del terrorífico puño de Glen Barton. El agente de la CIA pareció brincar en el sillón, para quedar inmediatamente desvanecido sentado en éste, con la cabeza colgando hacia un lado. Para entonces, Glen ya estaba vuelto hacia Ronson, que comenzaba a incorporarse vivamente, todavía demudado... y no poco sobresaltado.

—Quédese como está —mascullò Glen—. No sea cretino.

—Pero, ¿qué...?

—Cállese —Glen le quitó la pistola a Nullygan—. ¿No lo entiende? ¡Usted y yo vamos a largarnos de aquí, señor Ronson! Su amigo Héctor Palermo me ha ofrecido la vida de Marjorie a cambio de sacarlo a usted sano y salvo de aquí, y eso voy a hacer.

— ¡Pero usted dijo que tenía que matarme!

—Tonterías. Tenía que engañar a estos hombres... Usted vale mucho más vivo que muerto para Palermo y los otros. No haga caso de nada de lo que dije antes. Sus amigos han comprendido que usted no podía hacer otra cosa, y que ellos habrían hecho lo mismo. Escuche, Ronson, o viene conmigo o le meto dos balas en la cabeza y me voy a buscar a Marjorie. Estoy haciendo esto por ella, no por ustedes.

—Usted está loco... ¡Ella es de la CIA!

—Ronson, veamos si entiende esto: amo a esa pelirroja y sea o no de la CIA, no consentiré que sus amigos le hagan daño. Su libertad por la vida de ella. ¿Acepta o no?

Wayne Ronson estaba incrédulo. ¿Le perdonaban los hombres a los que había traicionado? Los conocía bien, y sabía que esto no podía ser tan simple. Pero, ¿acaso era mejor quedarse con la CIA, ahora que el propio Nullygan le había dicho que al no haber conseguido sus propósitos el trato no se cumpliría? Además..., ¿acaso no era mayor su oportunidad si fingía aceptar y engañaba a Barton que negándose, de modo que éste le metería una bala en la cabeza?

—Iré con usted —dijo—. ¡Y cuanto antes salgamos de aquí, mejor!

— ¿Qué estamos esperando? Una lancha nos espera en la playa, costa arriba. Muy cerca. En marcha.

—Quizá... quizá deberíamos matar a estos hombres. En cuanto despierten se pondrán a buscar el yate de Palermo, y...

—Buscarán un yate llamado *Dark Shark,* pero no lo encontrarán, porque no existe. El yate de su amigo se llama *Sweet Snow,* y no tiene señal alguna que lo diferencie de otros. Ya ve si es diferente: *Oscuro Tiburón* y *Dulce Nieve.* ¡Vámonos ya!

Unos diez minutos más tarde, Hellman quedó estupefacto al ver aparecer en la playa a Glen Barton, pero no portando un bulto que pudiese ser la cabeza de Wayne Ronson, sino acompañado de éste, vivo. Hellman no era demasiado listo. El era un hombre de acción, un asesino. ¿Matar a alguien? *Okay,* eso sabía perfectamente cómo tenía que hacerlo. Pero la nueva situación no estaba hecha para su cerebro. ¿Debía matar de todos modos al *karateka?* ¿Debía matarlos a los dos? ¿Y si cometía un error que pudiese disgustar a Héctor? Indudablemente, algo había cambiado..., y para matar a un par de hombres siempre se estaba a" tiempo.

Así pues, acercó la lancha a la arena, decidido a llevar con vida al yate a los dos hombres; que decidiese Héctor Palermo. Para algo era el jefe.

* * *

Héctor Palermo estaba no menos sorprendido que Hellman, desde luego. Pasmado, en realidad.

— ¿Qué dices? —consiguió exclamar, por fin.

Uno encogió los hombros.

—Que Hellman regresa con la lancha trayendo vivos a Glen Barton y a Ronson. ¿Los matamos en cuanto pongan el pie en cubierta?

Palermo entornó los ojos. ¿Matar a Ronson? De acuerdo, eso tenía que hacerse, sin duda. Pero, ¿por qué precipitarse? ¿Qué nueva situación se había producido? ¿Qué tramaba el *karateka?* Demasiadas preguntas para que una mente como la de Héctor Palermo se conformase a no encontrar las respuestas.

Movió la cabeza negativamente.

—No. Traedlos a los dos aquí. Veamos qué dicen.

La maniobra se realizó sin dificultades: el yate aminoró la marcha, la lancha se colocó a babor, Hellman agarró el cabo que le tiraron para amarrar la lancha a la escalerilla, y los tres hombres subieron por ésta, mientras la lancha quedaba amarrada al costado del yate, navegando paralelamente a él.

Wayne Ronson ya no sabía si echarse a reír o a llorar. Sus esperanzas de sorprender a Glen mientras Caminaban hacia donde esperaba la lancha no se habían cumplido. Y, apenas subir a bordo, el *karateka* fue registrado rápidamente, y la pistola, por supuesto, le fue requisada. Frente a ellos, *Uno* les observaba con curiosidad.

— ¿Dónde está Palermo? —preguntó Ronson.

—Abajo. Les está esperando.

—No le conozco a usted —rmurmuró Ronson.

—Ya nos iremos conociendo —sonrió *Uno*—. Digamos que soy

uno de los nuevos miembros para operaciones en territorio norteamericano. De todos modos, eso no debe preocuparle. Ya conoce a Palermo, y a los demás jefes de grupo, ¿no es así?

—Sí... Sí.

— ¿Y no lo has delatado?

—No. Claro que no... No.

— ¿De veras? Bueno, será mejor que hable con Héctor. Vengan.

Bajaron al salón, donde continuaba sentado Héctor Palermo, elegantísimo con su batín, fumando otro habano. La mirada negra y fría de Palermo se posó en Wayne Ronson, que se estremeció sin poder evitarlo, pero encontró ánimo suficiente para saludar:

—Hola, Héctor. Gracias por tu comprensión. Y por tu ayuda para escapar de allí.

—Dice que no ha delatado a los demás —sonrió *Uno.*

—Fantástico —pareció sonreír Palermo—. ¿Tenemos que creer eso, Wayne?

—Quiero decir... Bueno, tuve que decir algunos nombres, claro, pero... nada más.

—Nada más —repitió Palermo—. Bueno, supongo que tratas de decir que no «podías» decir nada más; si hubieses sabido dónde estábamos todos nosotros, lo habrías dicho. Pero sólo sabías que acudiríamos a la reunión en tu villa. Y dijiste lo que sabías. Ni más ni menos. Bueno, no debes preocuparte; los muchachos y yo estamos bien, y nos largaremos después de ajustarte las cuentas.

Ronson se volvió a mirar a Glen Barton, lívido.

— ¡Usted dijo que...!

—Me parece que el audaz *karateka* te ha engañado —deslizó suavemente Palermo—. Pero no adivino por qué. ¿Por qué, Barton? ¿No le habría resultado más cómodo traer solamente la cabeza? ¿O se trata de alguna jugada entre usted y la CIA?

—No es ninguna jugada de la CIA. Sólo mía. Me pareció que podía ganarme sus simpatías con más... abundancia si le traía todo el cuerpo del cerdo que si le traía solamente la cabeza.

—Muy interesante. ¿Y para qué quiere usted mis simpatías?

—Me gusta vivir —gruñó Glen—. Y todavía me gustaría más con la señorita Evans.

—Eso sí me lo creo —murmuró Palermo—. Debe usted sentir un gran interés por esa chica, o de otro modo quizá no habría vuelto. Es una posibilidad que tuve en cuenta, no crea. Y estábamos preparados para esa contingencia. Bien, pero ya hablaremos de eso. Ahora, volviendo a lo de Wayne Ronson...

—Escuche, _ señor Palermo, a mí sólo me interesa Marjorie. No quiero saber más de sus asuntos, eso sólo sirve para complicarme la vida. Resuélvanlos como quieran. ¿Puedo ver a Marjorie?

La mirada negra y fría de Héctor Palermo fue lenta, especulativa. Por fin, la desvió hacia *Uno.*

—Atad de pies y manos al *karateka* y llevadlo con la chica, para que charlen a su gusto mientras nosotros hacemos lo mismo con Ronson. ¿Está usted conforme, muchacho?

—Sí —asintió Glen—. Y sólo me queda una cosa por decirle, señor Palermo; yo podría ser un buen elemento en su organización. Haré cualquier cosa con tal de seguir con Marjorie.

Palermo ni siquiera contestó. Lo estuvo mirando mientras dos hombres procedían a atar las manos de Glen a la espalda. Ataron luego sus pies, lo alzaron y se lo llevaron. La mirada de Héctor Palermo regresó entonces de nuevo a Wayne Ronson.

—Bueno, bueno, bueno... Veamos, Wayne; ¿qué ha pasado en tu villa exactamente?

CAPÍTULO X

Marjorie dejó de intentar desatarse cuando oyó el ruido en la cerradura. Se quedó inmóvil, mirando hacia la puerta, y en sus ojos apareció un destello sombrío cuando apareció Glen Barton, cargado por dos hombres, que lo dejaron caer al suelo, riendo, y salieron, cerrando de nuevo la puerta.

Glen giró hasta quedar dando frente a la muchacha.

— ¿Qué tal? —sonrió.

— ¿Qué ha pasado? —murmuró ella.

—Es demasiado largo de contar, al menos en momentos como éste. No podemos emplear la boca en esas tonterías. Ponte de costado y de espaldas a mí.

—Eres un ingenuo —rió secamente Marjorie—. ¿De verdad crees que podrás cortar las cuerdas con los dientes?

—Quizá tengas razón —reflexionó Glen—, así que prueba tú a aflojar un poco mis ligaduras. ¡Vamos!

Marjorie movió la cabeza con gesto de desaliento, pero optó por obedecer al *karateka.* Fue éste quien se colocó de espaldas a ella, y de costado. La muchacha se arrastró, igualmente atada de pies y manos, y comenzó a dar tirones con los dientes. Muy pronto comenzó a sudar. Le dolía el cuello, y la boca. Cuando escupía algunas hilachas de cuerda, salían diminutas gotitas de sangre.

Mientras tanto, Glen Barton exponía su «descabellado» plan:

—En cuanto estemos libres, saldrás por la portilla de este camarote. Las he observado al llegar, y sé que tú puedes pasar por cualquiera de ellas. Yo no, porque tengo los hombros más anchos, pero como supongo que lo que te importa es tu trabajo y no yo, olvídame. En cambio, no debes olvidar a mi amigo Daniel Carr, que está acompañado por una mujer rubia llamada... o que se hace llamar Stella Corbett. Ella le matará si no llegas a tiempo, lo sé. De modo que irás allá, y evitarás que esto suceda. Le dirás a Daniel que cierre su escuela de *karate,* pues puede sufrir un atentado en cualquier momento, a menos que vosotros solucionéis el problema capturando a toda esta gente. Stella Corbett tiene que saber dónde están los que faltan, y supongo que la CIA no necesita mis consejos para nacer hablar a esa mujer, o a cualquiera. Así que ya lo sabes; te largas por la portilla, procurando caer en la lancha que va amarrada

precisamente a este costado del yate. Con la lancha, escapas y haces todo lo demás. Daniel vive en el 114 de Richmond Drive, en Perrine. ¿Tengo que repetirte algo?

—No —jadeó Marjorie, escupiendo hilachas y sangre—. No. Pero yo sí tengo algo que decirte: jamás tendremos tiempo suficiente para terminar de cortar estas cuerdas con los dientes.

— ¿Terminar? ¿Ya están parcialmente cortadas?

—Más o menos —rió acremente la muchacha.

—Apártate; échate hacia atrás.

Marjorie obedeció, desconcertada. Entonces, vio tensarse los músculos de los brazos del *karateka.* Vio unos músculos finos, duros como no los había visto en su vida. La cuerda crujió, y algunas hilachas se partieron. Con expresión incrédula, Marjorie Evans vio cómo, unos segundos más tarde, la cuerda parecía adelgazarse, y, de pronto, se partía. Los brazos de Glen Barton salieron disparados. Luego, el *karateka* giró. También su rostro estaba cubierto de sudor.

—Santo cielo —tartamudeó Marjorie—. ¡Lo has hecho!

El *budoka* desató rápidamente sus pies, y procedió a desatar acto seguido a la muchacha. Luego, sin más, señaló la portilla.

—Tienes que saltar en seguida. Y recuerda: si caes fuera de la lancha, te quedarás sola en alta mar. No puedo hacer más por ti, putita.

—Estás loco... ¡Si te quedas aquí...!

—Si me quedo aquí, me matarán. Pero si te quedas tú también, no sólo no evitarás mi muerte, sino que me acompañarás al Reino de las Tinieblas. Y es posible que muera Daniel y muchas personas más. De modo que la conversación ha terminado.

—No puedo hacerlo... ¡No puedo dejarte aquí!

—Déjate de monsergas. No creo que seas mejor que tus compañeros, ¿verdad? En cuanto a mí, me sucederá lo que nunca creí que pudiese sucederme; ingresaré con todos los honores en la lista de los caídos de la *Kuro Arashi...*

— ¿La qué?

—La *Negra Tempestad.* Yo también pertenezco a una organización, putita. La dirige mi maestro de *Artes Marciales,* desde cierto lugar cercano a Tokio. Cuando, después de conseguir mi *Quinto Dan de Karate* fui a despedirme de él, me dijo que esperaba poder contar conmigo si alguna vez había que luchar contra algo que funcionase mal en el mundo. Y ya ves; me he metido en el lío por mi cuenta. Apuesto la vida a que él aprobaría lo que estoy haciendo, de modo que todo está bien. Ah, sólo una cosa más: si alguna vez te pide un favor alguien que te muestre una estrella negra, sé amable con él. Es una estrella negra, de seis puntas, que parece un rostro, porque tiene, en blanco, ojos y boca; los ojos parecen furiosos, la boca tiene

un gesto hostil, amargo, de reproche. No lo olvides. Adiós, Marjorie

Marjorie Evans estaba mirando fijamente a Glen Barton. De pronto parpadeó y dos lágrimas aparecieron en sus hermosos ojos verdes. Se acercó más a Glen y lo besó en la boca.

—Este es auténtico —susurró—. Adiós, Glen.

—Buena suerte.

En efecto, el esbelto cuerpo de Marjorie pasaba por la portilla circular del camarote. Glen la ayudó a pasar y la sostuvo hasta que le fue posible. Cuando, tras soltarla, sacó la cabeza por la portilla, vio a Marjorie en la lancha, recuperando el equilibrio. Conseguido esto, la pelirroja agente de la CIA soltó rápidamente las amarras tras comprobar que la llave estaba en el contacto. La lancha quedó de pronto, bruscamente, atrás, balanceándose sobre la espumosa estría dejada por el *Sweet Snow.* Todavía, antes de empezar a oír gritos, el *karateka* pudo ver cómo la lancha se ponía en marcha, con la pelirroja al volante.

Glen retiró la cabeza, y examinó hoscamente la portilla; no, sus hombros no pasaban por allí, desde luego. Mala suerte.

Y mala suerte que se hubiesen dado cuenta tan pronto de lo sucedido. A Marjorie no podrían alcanzarla, desde luego, pues la lancha era más veloz que el yate, pero a él... lo tenían bien al alcance de la mano.

De todos modos, a pocas facilidades que le diesen se proponía darles algún disgusto antes de caer acribillado a balazos. Se acercó a la puerta y se colocó a un lado. Para dispararle tendrían que abrirla, y entonces...

* * *

Hellman bajó como disparado por un cañón, casi cayendo al llegar al salón del yate, ocasionando el consiguiente sobresalto en todos los allí reunidos.

— ¡Héctor! —aulló—. ¡La lancha se ha soltado del yate y la chica de la CIA está en ella!

— ¿Estás loco? —brincó Palermo, quedando en pie.

— ¡Te digo que está en la lancha! ¡Y se escapa!

La mirada de Héctor Palermo regresó hacia Ronson, con el que había estado conversando.

—Maldito puerco asqueroso, hijo de...

— ¡No! —aulló Ronson—. ¡Héctor, no sé nada de eso, no tengo nada que ver con lo que haya pasado!

— ¿No? ¡De todos modos, ya no te necesitamos, ni siquiera para saber más cosas de la CIA! ¡Quitadme de delante a este cerdo!

— ¡No! —gimió Ronson—. ¡No, no! ¡Esperad, no me...!

Vio aparecer ante él a *Uno,* y su chillido pareció estrangularse. *Uno* apretó el gatillo de su pistola y un ojo de Ronson reventó como un tomate; en seguida, cuando la primera bala salía por la parte posterior de la cabeza, llegó la segunda, reventando el otro ojo y empujando ya definitivamente a Wayne Ronson hacia atrás, con los ojos reventados y la cabeza destrozada.

— ¡Tirad esta basura al mar! —gritó Palermo.

Echó a correr escaleras arriba, seguido de Hellman. Cuando llegó arriba, otro hombre apareció ante él, demudado.

—No... no comprendo cómo ha podido...

Palermo miró hacia la lancha que navegaba alejándose. Su rostro estaba descompuesto por la furia, transformado en una máscara horrenda de odio satánico.

—Traedme al *karateka* —jadeó—. ¡Subid aquí a ese perro! ¡Le voy a arrancar los ojos con mis manos y lo voy a tirar como pasto para los tiburones! ¡Mientras esté vivo lamentará lo que sea que haya hecho! ¡TRAÉDMELO!

* * *

Marjorie Evans volvió la cabeza. El yate iba quedando atrás, y sabía que ya jamás podrían alcanzarla. Jamás, Pero, de pronto, la visión del yate quedó nublada por las lágrimas, y Marjorie tuvo que apretar los párpados para que se desprendiesen de éstos. Volvió a mirar hacia el yate, y movió negativamente la cabeza.

—No puedo hacerlo. ¡No puedo hacerlo, no puedo!

Hizo girar el volante de la lancha, y ésta comenzó a describir una amplia curva, alzando un hermoso muro de espuma refulgente de sol. Segundos más tarde, la lancha navegaba a toda velocidad hacia el *Sweet Snow.* En la mente de Marjorie Evans parecía estallar la tormenta de las dudas, del miedo... Pero no podía dejar allí a Glen Barton. *¡No podía,* eso era todo!

El plan era una locura, pero no disponía de otro. Lo haría como lo había pensado en un instante, y... eso era todo. Lo haría, simplemente.

Alcanzó al yate en menos de dos minutos y navegó por unos segundos paralelamente a su blanca mole, a unos trescientos metros. Luego comenzó a converger, hacia el costado opuesto al que se hallaba el camarote donde Glen debía continuar encerrado.

Cuando estaba a menos de cien metros, comenzaron a disparar con rifles desde el yate. Si alcanzaban algún punto vital, nada habría servido de nada, pero tenía que intentarlo.

Y lo intentó.

Cuando la lancha estuvo a cincuenta metros del costado del yate,

cuando ya veía los lívidos rostros de los hombres que había en cubierta, Marjorie Evans trabó el volante de la dirección, y, sin más complicaciones, saltó por la popa hacia el mar.

* * *

El choque fue tan fuerte que Glen Barton salió disparado desde su posición junto a la puerta, contra el casco del yate, al otro extremo del camarote. Fue un choque tremendo, que durante dos o tres segundos, tras rodar por el suelo, lo tuvo entre la consciencia y la inconsciencia, mientras llegaba a sus oídos como algo lejano, crujidos fortísimos, rumor de agua, crepitar de fuego. Se puso en pie, pero el piso estaba inclinado y resbaló dándose otro buen batacazo. Por debajo de la puerta comenzó a entrar agua en el camarote.

Agarrándose como pudo, Glen llegó ante la puerta, asió el pomo y tiró de él. Por entre el rugir del agua y del fuego oía chillidos humanos, pero no allí, al otro lado de la puerta, sino lejos. Muy lejos. ¿O eran alucinaciones acústicas? ¿No había fuego, ni agua, ni gritos?

Miró la puerta, frunció el ceño y cerró el puño derecho y lo echó hacia atrás. Luego, lo disparó hacia adelante.

La puerta crujió. Al segundo puñetazo crujió con más fuerza. Al tercero, se convirtió en astillas en el punto golpeado. Barton retrocedió un paso, se tambaleó, alzó la pierna derecha y la disparó hacia el borde del boquete. Prácticamente, la puerta se partió verticalmente por la mitad, una de las cuales salió lanzada hacia el pasillo.

Sintiendo los dolores del infierno en su mano derecha, el *karateka* salió del camarote, chapoteando en agua cada vez más abundante. El yate estaba escorado hacia estribor, y por allí debía estar la vía de agua, mientras en alguna parte, no sabía dónde, rugía el fuego. El humo estaba llenando el interior de la embarcación.

A trompicones, resbalando, Glen Barton llegó al salón del yate, vio la escalerilla, y se lanzó hacia arriba. Apenas poner los pies en la decantada cubierta, apareció ante él un rostro. El puño izquierdo del *budoka* aplastó aquel rostro, lo apartó de un *ura tsuki* en el que puso toda su fuerza. Ahora oía disparos de rifle, y había mucho más humo.

— ¡El *karateka!* —oyó.

Por entre el humo, Glen vio a *Uno* volviéndose, pistola en mano y mirando a todos lados, buscándole.

— *¡KOéEEEEeeeEEEE...!*—pasó al ataque el *budoka,* lanzando su *kiai.*

El vuelo fue increíble. En el momento en que *Uno* disparaba, el pie derecho de Glen le acertaba de lleno en la frente, que se hundió, se rompió como si fuese de galleta. Había notado el silbido de la bala por encima de su cabeza, y ahora un estampido sonó muy cerca de él, y

junto a su rostro el aire pareció crujir al ser desplazado precisamente por su flexión de piernas al caer sobre la cubierta. Rebotó allí, cayó de lado y vio al hombre del rifle, apuntándole de nuevo.

¡Pack!, restalló el disparo.

Glen giró sobre la cubierta, se puso en pie, y efectuó otro salto.

— *¡KOéEEEEEEE...!*

En el momento en que llegaba ante el hombre del rifle, que gritaba y se hacía un lío con el arma, otro hombre aparecía, pistola en mano, en el campo visual y de acción del *karateka. ¡Fsss, fsss!,* silbaron sus pies en el aire. Uno de los hombres recibió el trallazo en la boca, que reventó al tiempo que la mandíbula se partía, su cuello se tronchaba como un fideo, y su cuerpo salía disparado por encima de la borda, desapareciendo hacia el mar. El otro hombre recibió el impacto en el centro del pecho, salió disparado contra la borda, rebotó, y cayó ante los pies de Glen en el momento en que éste aterrizaba. La mano cayó sobre la cabeza, que crujió, y el hombre pareció aplastado contra cubierta.

El yate se estremeció debido a la tremenda explosión interior. Apareció un humo negrísimo, más denso que el que ya dificultaba la visión desde el primer momento. Glen Barton chocó de pecho contra la borda y no rebotó porque sus manos se asieron allí como tenazas. El yate crujió, se estremeció, zozobró más acusadamente. Junto a él, Glen *oyó* los jadeos, los chillidos histéricos. El humo pareció romperse, dejando un agujero en el que apareció Héctor Palermo chillando, agarrándose con la mano izquierda a la borda, buscando algo en el mar con ojos desorbitados.

Y de pronto, en esos ojos fríos, crueles, apareció el destello del triunfo.

— ¡Ahí estás! —aulló—. ¡Maldita zorra, te voy...! Héctor Palermo ni siquiera supo cómo murió. Sólo llegó a sentir aquella especie de trueno dentro de su cabeza cuando el puño izquierdo de Glen Barton le alcanzó un poco más atrás de la sien derecha. Sólo eso. Se produjo el trueno, y, en seguida, la muerte.

Y mientras el cadáver de Palermo rodaba por cubierta, Glen Barton, sofocado por el humo y casi envuelto ya en el fuego que devoraba el yate, saltaba de éste hacia el mar. El súbito frescor del agua lo reanimó, le dio fuerzas. El agua pareció reventar, llegó un contacto brusco y duro, que lo desplazó, haciéndolo girar.

Cuando salió a la superficie, no sabía si muerto o vivo, aún pudo ver la proa del yate hundiéndose rápidamente en las arremolinadas aguas, envuelta en fuego y humo. Un humo que, sin la menor duda, atraería a los guardacostas. Seguro que antes de quince minutos tenían allá uno de los veloces navíos de la US Coast Guard. Seguro.

Un cadáver apareció flotando súbitamente ante Barton, que

respingó. Estaba tan destrozado que no consiguió identificarlo. Giró, para apartarse de él, para alejarse del remolino de succión de las aguas... y entonces vio, a unos treinta metros, la cabeza que sobresalía del agua, refulgiendo al sol los cabellos, oscurecidos por el agua, pero que él sabía que eran rojos.

— ¡Glen! —oyó—. ¡Glen, Glen...!

* * *

Daniel Carr estaba a punto de morir, aunque él ni remotamente sospechaba tal circunstancia. Sí, se había dado cuenta de que la señorita Corbett, es decir, la agente de la CIA de la cual no sabía el nombre verdadero, había ido poniéndose más y más nerviosa, pero lo atribuía a que nadie contestaba a su pequeña radio. Lo que no sabía era que ella tenía intención de marcharse muy pronto..., dejándolo a él muerto en su apartamento.

Lo habría matado tan sólo segundos más tarde, cuando él se hubiera puesto en pie para decir que se iba a su escuela de *karate* a dar las clases.

Pero el teléfono sonó unos segundos antes de eso. Se miraron los dos, y Stella dijo, vivamente:

—Conteste. Aunque seguramente es para mí.

¿Qué otra cosa podía pensar Stella? Quizá su radio estaba estropeada, y eran sus propios amigos quienes la llamaban por teléfono para ver qué le ocurría.

— ¿Sí? —atendió Daniel Carr la llamada.

La reacción de Carr fue tan contenida que Stella no se dio cuenta de nada. Lo miraba, pero no notó nada especial en él. Sólo escuchaba, con suma atención.

—Ah, no, señorita Gardiner —dijo por fin—. No, no, ningún problema. Naturalmente, hay clases hoy, claro que sí. ¿Por qué?

—En absoluto. No se preocupe. Precisamente estaré ahí dentro de unos cuarenta minutos. Acompañe al muchacho y examinaré esa lesión. No se preocupe usted; verá como no es nada de cuidado.

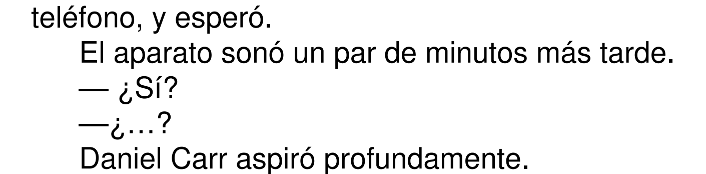
—No faltaba más, señora Gardiner. De nada. Hasta ahora.

Carr colgó, sonriente, y se acercó a Stella, que le miraba interrogante.

— ¿Qué ocurre? —preguntó la rubia.

—Siento tener que hacer esto —masculló Carr.

Su mano silbó en el aire, descargó el seco trallazo en la frente de Stella. Los ojos de la rubia bizquearon, su boca se abrió en un gesto de dolor... y se deslizó desde el sillón hasta los pies del *karateka.* Este fue adonde Stella había dejado su bolso, lo abrió, sacó la pistola, no poco pálido, y la guardó en un bolsillo. Luego, se acercó de nuevo al



teléfono, y esperó.

El aparato sonó un par de minutos más tarde.

— ¿Sí?

—¿…?

Daniel Carr aspiró profundamente.

—Sí, Glen, lo he hecho. Está sin sentido. ¿Puedes explicarme ahora por qué he tenido que golpear a una mujer?

—Sí, sí, la ataré, la amordazaré, la tendré a vuestra disposición; de acuerdo. Pero dime...

—De acuerdo —refunfuñó Carr—. Espero tu llegada para que me lo expliques todo bien, señora Gardiner. Y otra cosa; por si no lo sabes, sólo faltan cuatro días para el Campeonato.

ESTE ES EL FINAL

Nunca hay que detenerse.

Si se ha ganado un campeonato, detrás hay otro por ganar, y el mejor modo de alcanzar también éste es perseverar, no dejar de entrenarse. La voluntad es la madre de los campeones.

Por eso, en aquella hermosa mañana, Glen Barton, campeón de *Karate* de Estados Unidos de América, título conseguido tan sólo tres días antes, corría nuevamente por la playa. No es lo que se ha hecho lo importante, sino lo que queda por hacer. Siempre adelante, no hay que detenerse nunca.

Sin embargo, Glen Barton se detuvo, asombrado, ante el cartelito que decía que hasta allí podía llegar, que debía detenerse, puesto que había llegado a los límites de una playa privada. ¿Cómo estaba todavía allí aquel estúpido cartelito? De buena gana habría dado media vuelta y habría regresado. A fin de cuentas, sólo correría por aquella playa cuatro o cinco días más, para descargar las tensiones a que se había visto sometido durante el campeonato. Luego, simplemente, volvería a Nueva York para...

Más..., ¿qué era aquello? ¿Estaba soñando?

Tendida al sol vio a la hermosa muchacha de rojos cabellos. Y no soñaba. Era el mismo sitio, la misma playa privada, la misma muchacha pelirroja que tomaba, desnuda, el sol.

Glen Barton pasó la barrera que creaba simbólicamente el cartelito, y se acercó a la pelirroja. Ella no parecía captar presencia humana alguna, seguía tomando el sol, bellísima.

—Buenos días, señora —murmuró Glen.

La muchacha abrió los ojos, ante los cuales puso una mano. Luego, sonriendo, se sentó sobre la toalla, sin molestarse en ocultar nada con parte de ella.

—Hola Glen —susurró dulcemente.

— ¿Sabe? —gruñó él—. Esta playa es privada, así que a menos que sea usted la propietaria, no tendría que estar aquí.

—Oh, no es privada. El cartelito estará ahí hasta que alguien lo derribe de un puntapié. Cosa que no me importará, porque aunque no soy la propietaria, sí estoy instalada en la villa. Obsequio de la CIA durante una semana..., de momento. Si me gusta la vida que lleve en la villa, presentaré la dimisión. Le vi ganar el campeonato, señor

Barton —siguió el juego del tratamiento formal.

—Espero que fuese de su agrado todo el evento.

—Sí, sí... Por fortuna terminamos pronto y bien, sin bajas, la... recogida de terroristas en Flamingo. Ha sido un éxito de la CIA... gracias a usted, señor Barton.

—Ya me he dado cuenta de que me están secretamente agradecidos, puesto que no me han vuelto a molestar. Caramba, digo, coñeta, ¿qué hace usted aquí? ¿De veras le han dado una semana de vacaciones, y nada menos que en esta villa?

—Sí. Y cuando estuve libre llamé a un tal señor Carr y me dijo que su amigo estaba tan chiflado que incluso después de convertirse en campeón seguía corriendo por las playas. Y vine a hacerme la encontradiza.

— ¿Y eso con qué objeto?

—Bueno, quizá me guste que me llamen putita... privada, señor Barton. A propósito, estoy tan sola y aburrida en una casa tan grande... ¿No aceptaría venir usted a tomar el té?

—Preferiría jugo de frutas.

Marjorie Evans se puso en pie, completamente olvidada de la toalla, y se colgó del cuello del *budoka.*

—De acuerdo —suspiró—. Te daré jugo de frutas, y todo lo que quieras. ¿Cuándo es tu próximo campeonato?

—Dentro de dos meses.

— ¡Oh, dos meses...! ¿Crees que podrías dedicar ahora una semana... a descansar en una villa junto al mar... con playa privada?

—Lo de la playa me tiene sin cuidado —refunfuñó Glen—, pero lo otro sí me gusta que sea privado. Para mí solo. Soy así de bruto.

—A mí —temblaron los labios de Marjorie— me encantan los hombres brutos.

—Pues no hay más que hablar. Dentro de una semana pedirás la baja en la CIA. Y ahora... vamos a tomar el té, digo... jugo de frutas.

La abrazó por la cintura y comenzaron a caminar playa adentro, hacia la casa. Pero Marjorie se detuvo, volvió a abrazarlo por el cuello, y sonrió.

— ¿No te gustaría... mordisquear un poco la fruta... antes de convertirla en jugo? —ofreció, cerrando los ojos.

F I N

Notas

[←1]

Este poema fue compuesto por Kanya Shimada, y fue adoptado oficialmente por la Federación Mundial de Karate para su himno, que fue cantado, por primera vez, en los Campeonatos del Mundo celebrados en Tokio, por la señora Sasagawa. Los dos primeros versos son recitados, y el resto cantados. La traducción libre podría ser ésta:

¿No sentís con el Karate Do la ligereza* del *cielo y de la tierra?
¡Fijaos! ¡Las vastas extensiones que nos rodean están saturadas de* flores *y de luz!
Hacia el Este, por encima del Fujiyama, todo es* cielo *azul.
Nuestras ambiciones refulgentes están simbolizadas* por *miles de flores de cerezo,
los hombres se entrenan con coraje,
las mujeres aprenden el arte de la Defensa Personal:
sus puños cerrados volando como llamas con espíritu de justicia,
***están preparados para afrontar cualquier* obstáculo,**
su espíritu de combate, a fuerza de feroz intensidad, abre el universo.
¡Todos te exaltamos, triunfante Karate-Do japonés!